

TIRSO DE MOLINA (1579 -1648)

*EL CONDENADO POR DESCONFIADO*

PERSONAS que hablan en ella:

PAULO, ermitaño  
PEDRISCO, gracioso  
EL DEMONIO  
OCTAVIO, galán  
LISANDRO, galán  
CELIA, amada de Enrico  
LIDORA, su criada  
ENRICO, rufián  
GALVÁN  
ESCALANTE  
ROLDÁN  
CHERINOS  
ANARETO, padre, de Enrico  
ALBANO, viejo  
un PASTOR  
un GOBERNADOR  
tres PRISIONEROS  
un ALCALDE  
un PORTERO  
un JUEZ  
un MÚSICO  
algunos VILLANOS

ACTO PRIMERO

Sale PAULO de ermitaño

PAULO:  
¡Dichoso albergue mío!  
¡Soledad apacible y deleitosa,  
que al calor y al frío  
me dais posada en esta selva umbrosa,  
donde el huésped se llama

o verde yerba o pálida retama!  
Agora, cuando el alba  
cubre las esmeraldas de cristales,  
haciendo al sol la salva,  
que de su coche sale por jarales,  
con manos de luz pura  
quitando sombras de la noche oscura,  
salgo de aquesta cueva  
que en pirámides altos de estas peñas  
naturaleza eleva,  
y a las errantes nubes hace señas  
para que noche y día,  
ya que no hay otra, le hagan compañía.  
Salgo a ver este cielo,  
alfombra azul de aquellos pies hermosos.  
¿Quién, ¡oh celestes cielos!  
aquesos tafetanes luminosos  
rasgar pudiera un poco  
para ver...? ¡ay, de mí! Vuélvome loco.  
Mas ya que es imposible,  
y sé cierto, Señor, que me estáis viendo  
desde ese inaccesible  
trono de luz hermoso, a quien sirviendo  
están ángeles bellos,  
más que la luz del sol hermosos ellos,  
mil glorias quiero daros  
por las mercedes que me estáis haciendo,  
sin saber obligaros.  
¿Cuándo yo merecí que del estruendo  
me sacarais del mundo,  
que es umbral de las puertas del profundo?  
¿Cuándo, Señor divino,  
podrá mi indignidad agradeceros  
el volverme al camino,  
que si yo lo conozco, es fuerza el veros,  
y tras esta victoria,  
darme en aquestas selvas tanta gloria?  
Aquí los pajarillos,  
amorosas canciones repitiendo,  
por juncos y tomillos,  
de vos me acuerdan, y yo estoy diciendo:  
si esta gloria da el suelo,  
¿qué gloria será aquélla que da el cielo?  
Aquí estos arroyuelos,  
girones de cristal en campo verde,  
me quitan mis desvelos

y son causa a que de vos me acuerde,  
tal es el gran contento  
que infunde al alma su sonoro acento.  
Aquí silvestres flores  
el fugitivo tiempo aromatizan,  
y de varios colores  
aquesta vega humilde fertilizan.  
Su belleza me asombra:  
calle el tapete y berberisca alfombra.  
Pues con estos regalos,  
con aquestos contentos y alegrías,  
¡bendito seas mil veces,  
inmenso Dios que tanto bien me ofreces!  
Aquí pienso seguirte  
ya que el mundo dejé para bien mío.  
Aquí pienso servirte,  
sin que jamás humano desvarío,  
por más que abre la puerta  
el mundo a sus engaños, me divierta.  
Quiero, Señor divino,  
pediros de rodillas humildemente  
que en aqueste camino  
siempre me conservéis piadosamente.  
Ved que el hombre se hizo  
de barro, y de barro quebradizo.

Sale PEDRISCO con un haz de hierba.  
Pónese PAULO de rodillas y elévase

PEDRISCO:

Como si fuera borrico  
vengo de yerba cargado,  
de quien el monte está rico.  
Si esto como, desdichado,  
triste fin me pronostico.  
¡Que he de comer hierba yo,  
manjar que el cielo crió  
para brutos animales!  
Déme el cielo en tantos males  
paciencia. Cuando me echó  
mi madre al mundo, decía:  
"Mis ojos santo te vean,  
Pedriso del alma mía."  
Si esto las madres desean,  
una suegra y una tía  
¿qué desearán? Que aunque el ser

santo un hombre es gran ventura,  
es desdicha el no comer.  
Perdonad esta locura  
y este loco proceder,  
mi Dios, y, pues conocida  
ya mi condición tenéis,  
no os enojéis porque os pida  
que la hambre me quitéis,  
o no sea santo en mi vida.  
Y si puede ser, Señor,  
pues que vuestro inmenso amor  
todo lo imposible coma,  
que sea santo y que coma,  
mi Dios, mejor que mejor.  
De mi tierra me sacó  
Paulo, diez años habrá,  
y a aqueste monte apartó;  
él en una cueva está,  
y en otra cueva estoy yo.  
Aquí penitencia hacemos,  
y sólo yerbas comemos,  
y a veces nos acordamos  
de lo mucho que dejamos  
por lo poco que tenemos.  
Aquí el sonoro raudal  
de un despeñado cristal,  
digo a estos olmos sombríos;  
"¿Dónde estáis, jamones míos,  
que no os doléis de mi mal?  
Cuando yo solía cursar  
la ciudad y no las peñas  
--¡memorias me hacen llorar!--  
de las hambres más pequeñas  
gran pesar solíais tomar.  
Erais jamones leales,  
bien os puedo así llamar,  
pues merecéis nombres tales,  
aunque ya de las mortales  
no tengáis ningún pesar."  
Mas ya está todo perdido;  
yerbas comeré afligido,  
aunque llegue a presumir  
que algún mayo he de parir,  
por las flores que me comido.

Mas Paulo sale de la cueva oscura;

entrar quiero en la mía tenebrosa  
y comerlas allí.

Vase y sale PAULO

PAULO:

¡Qué desventura!

Y, ¡qué desgracia cierta, lastimosa!

El sueño me venció, viva figura

--por lo menos imagen temerosa--

de la muerte crüel; y al fin rendido,

la devota oración puse en olvido.

Siguióse luego al sueño otro, de suerte,

sin duda, que a mi Dios tengo enojado,

si no es que acaso el enemigo fuerte

haya aquesta ilusión representado.

Siguióse al final, ¡ay Dios!, el ver la muerte.

¡Qué espantosa figura! ¡Ay, desdichado!

Si el verla en sueños causa tal quimera,

el que vivo la ve, ¿qué es lo que espera?

Tiróme el golpe con el brazo diestro,

no cortó la guadaña. El arco toma;

la flecha en el derecho, y el siniestro

el arco mismo que altiveces doma;

tiróme al corazón. Yo que me muestro

al golpe herido, porque al cuerpo coma

la madre tierra, como a su despojo,

desencarcelo el alma, el cuerpo arrojó.

Salió el alma en un vuelo, en un instante

vi de Dios la presencia. ¡Quién pudiera

no verle entonces! ¡Qué crüel semblante!

¡resplandeciente espada y justiciera

en la derecha mano! Y arrogante

--como ya por derecho suyo era--

el fiscal de las almas miré a un lado

que aun en ser victorioso estaba airado.

Leyó mis culpas, y mi guarda santa

leyó mis buenas obras, y el Justicia

Mayor del cielo, que es aquél que espanta

de la infernal morada la malicia,

las puso en dos balanzas; mas levanta

el peso de mi culpa y mi justicia

mis obras buenas tanto, que el Juez Santo

me condena a los reinos del espanto.

Con aquella fatiga y aquel miedo

desperté, aunque temblando, y no vi nada

si no es mi culpa, y tan confuso quedo,  
que si no es a mi suerte desdichada,  
o traza del contrario, ardid o enredo,  
que vibra contra mí su ardiente espada,  
no sé a qué lo atribuya. Vos, Dios santo,  
me declarad la causa de este espanto.  
¿Heme de condenar, mi Dios divino,  
como este sueño dice, o he de verme  
en el sagrado alcázar cristalino?  
Aqueste bien, Señor, habéis de hacerme:  
¿Qué fin he de tener? Pues un camino  
sigo tan bueno, no queráis tenerme  
en esta confusión, Señor eterno.  
¿He de ir a vuestro cielo o al infierno?  
Treinta años de edad tengo, Señor mío,  
y los diez he gastado en el desierto,  
y si viviera un siglo, sin siglo fío  
que lo mismo ha de ser; esto os advierto.  
Si esto cumplo, Señor, con fuerza y brío,  
¿qué fin he de tener? --Lágrimas vierto.--  
Respondedme, Señor, Señor eterno.  
¿He de ir a vuestro cielo o al infierno?

Aparece el DEMONIO el lo alto

DEMONIO:

Diez años ha que persigo  
a este monje en el desierto,  
recordándole memorias  
y pasados pensamientos;  
y siempre le he hallado firme  
como un gran peñasco opuesto.  
Hoy duda en su fe, que es duda  
de la fe lo que hoy ha hecho,  
porque es la fe en el cristiano  
que sirviendo a Dios y haciendo  
buenas obras, ha de ir  
a gozar de él en muriendo.  
Éste, aunque ha sido tan santo,  
duda de la fe, pues vemos  
que quiere del mismo Dios,  
estando en duda, saberlo.  
En la soberbia también  
ha pecado, caso es cierto.  
Nadie como yo lo sabe,  
pues por soberbio padezco.

Y con la desconfianza  
le ha ofendido, pues es cierto  
que desconfía de Dios  
el que a su fe no da crédito.  
Un sueño la causa ha sido;  
y el anteponer un sueño  
a la fe de Dios, ¿quién duda  
que es pecado manifiesto?  
Y así me ha dado licencia  
el juez más supremo y recto  
para que con más engaños  
le incite agora de nuevo.  
Sepa resistir valiente  
los combates que le ofrezco,  
pues supo desconfiar  
y ser como yo soberbio.  
Su mal ha de restaurar  
de la pregunta que ha hecho  
a Dios, pues a su pregunta  
mi nuevo engaño prevengo.  
De ángel tomaré la forma,  
y responderé a su intento  
cosas que le han de costar  
su condenación, si puedo.

Quítase el DEMONIO la túnica y queda de ángel

PAULO:

Dios mío, aquesto suplico:  
¿Salvaréme, Dios inmenso?  
¿Iré a gozar vuestra gloria?  
Que me respondáis espero.

DEMONIO:

Dios, Paulo, te ha escuchado  
y tus lágrimas ha visto.

PAULO:

(¡Qué mal el temor resisto! Aparte  
Ciego en mirarlo he quedado.)

DEMONIO:

Me ha mandado que te saque  
de esa ciego confusión,  
porque esa vana ilusión  
de tu contrario se aplaque.

Ve a Nápoles, y a la puerta  
que llaman allá del Mar,  
que es por donde tú has de entrar  
a ver tu ventura cierta  
o tu desdicha verás  
cerca de allá--estáme atento--  
un hombre...

PAULO:

¡Qué gran contento  
con tus razones me das!

DEMONIO:

...que Enrico tiene por nombre,  
hijo del noble Anareto;  
conocerásle, en efeto,  
por señas, que es gentil hombre,  
alto de cuerpo y gallardo.  
No quiero decirte más,  
porque apenas llegarás  
cuando le veas.

PAULO:

Aguardo  
lo que le he de preguntar  
cuando yo le llegue a ver.

DEMONIO:

Sólo una cosa has de hacer.

PAULO:

¿Qué he de hacer?

DEMONIO:

Verle y callar,  
contemplando su acciones,  
sus obras y sus palabras.

PAULO:

En mi pecho ciego labras  
quimeras y confusiones.  
¿Sólo eso tengo de hacer?

DEMONIO:

Dios que en él repares quiere,  
porque el fin que aquél tuviere,

ese fin has de tener.

Desaparece

PAULO:

¡Oh misterio soberano!

¿Quién este Enrico será?

Por verle me muero ya.

¡Qué contento estoy, qué ufano!

Algún divino varón

debe de ser. ¿Quién lo duda?

Sale PEDRISCO

PEDRISCO:

Siempre la fortuna ayuda

al más flaco corazón.

Lindamente he manducado.

Satisfecho quedo ya.

PAULO:

Pedrisco.

PEDRISCO:

A esos pies está

mi boca.

PAULO:

A tiempo ha llegado.

Los dos habemos de hacer

una jornada al momento.

PEDRISCO:

Brinco y salto de contento.

Mas, ¿dónde, Paulo, ha de ser?

PAULO:

A Nápoles.

PEDRISCO:

¿Qué me dices?

Y ¿a qué, padre?

PAULO:

En el camino

sabrá un paso peregrino.

--¡Plegue a Dios que sea felice!—

PEDRISCO:

¿Si seremos conocidos  
de los amigos de allá?

PAULO:

Nadie nos conocerá,  
que vamos desconocidos  
en el traje y en la edad.

PEDRISCO:

Diez años ha que faltamos;  
seguros pienso que vamos;  
que es tal la seguridad  
de este tiempo que en una hora  
se desconoce el amigo.

PAULO:

Vamos.

PEDRISCO:

Vaya Dios conmigo.

PAULO:

De contento el alma llora.  
A obedeceros me aplico,  
mi Dios; nada me desmaya,  
pues vos me mandáis que vaya  
a ver al dichoso Enrico.  
¡Gran santo debe de ser!  
Lleno de contento estoy.

PEDRISCO:

Y yo, pues contigo voy  
(No puedo dejar de ver,      Aparte  
pues que mi bien es tan cierto,  
con tan alta maravilla,  
el bodegón de Juanilla  
y la taberna del tuerto.)

Vanse y sale el DEMONIO

DEMONIO:

Bien mi engaño va trazado:  
hoy verá el desconfiado

de Dios y de su poder  
el fin que viene a tener,  
pues él propio lo ha buscado.

Vase y salen OCTAVIO y LISANDRO

LISANDRO:

La fama de esta mujer  
sólo a verla me ha traído.

OCTAVIO:

¿De qué es la fama?

LISANDRO:

La fama  
que de ella, Octavio, he tenido,  
es de que es la más discreta  
mujer que en aqueste siglo  
ha visto el napolitano  
reino.

OCTAVIO:

Verdad os han dicho.  
Pero aquesa discreción  
es el cebo de sus vicios;  
con ésa engaña a los necios,  
con ésa estafa a los lindos;  
con una octava o soneto  
que con picaresco estilo  
suele hacer de cuando en cuando,  
trae a mil hombres perdidos,  
y por parecer discretos  
alaban el artificio,  
el lenguaje y los concetos.

LISANDRO:

Notables cosas me han dicho  
de esta mujer.

OCTAVIO:

Está bien.  
¿No os dijo el que aqueso os dijo,  
que es de esta mujer la casa  
un depósito de vivos,  
y que nunca está cerrada  
al napolitano rico

ni al alemán, ni al inglés,  
ni al húngaro, armenio o indio,  
ni aun al español tampoco,  
con ser tan aborrecido  
en Nápoles.

LISANDRO:  
¿Eso pasa?

OCTAVIO:  
La verdad es lo que digo,  
como es verdad que venís  
de ella enamorado.

LISANDRO:  
Afirmo  
que me enamoró su fama.

OCTAVIO:  
Pues más hay.

LISANDRO:  
Sois fiel amigo.

OCTAVIO:  
Que tiene cierto mancebo  
por galán, que no ha nacido  
hombre tan mal inclinado  
en Nápoles.

LISANDRO:  
Será Enrico,  
hijo de Anareto el viejo,  
que pienso que ha cuatro o cinco  
años que está en una cama  
el pobre viejo tullido.

OCTAVIO:  
El mismo.

LISANDRO:  
Noticia tengo  
de ese mancebo.

OCTAVIO:  
Os afirmo,

Lisandro, que es el peor hombre  
que en Nápoles ha nacido.  
Aquesta mujer le da  
cuanto puede, y cuando el vicio  
de juego suele apretalle,  
se viene a su casa él mismo  
y le quita a bofetadas  
las cadenas, los anillos.

LISANDRO:  
¡Pobre mujer!

OCTAVIO:  
También ella  
suele hacer sus ciertos tiros,  
quitando la hacienda a muchos  
que son en su amor novicios,  
con esta falsa poesía.

LISANDRO:  
Pues ya que estoy advertido  
de amigo tan buen maestro,  
allí veréis si yo os sirvo.

OCTAVIO:  
Yo entraré con vos también;  
mas ojos al dinero, amigo.

LISANDRO:  
Con invención entraremos.

OCTAVIO:  
Diréisle que habéis sabido  
que hace versos elegantes  
y que a precio de un anillo  
unos versos os escriba  
a una dama.

LISANDRO:  
¡Buen arbitrio!

OCTAVIO:  
Y yo, pues entro con vos,  
le diré también lo mismo.  
Ésta es la casa.

LISANDRO:  
Y aun pienso  
que está en el patio.

OCTAVIO:  
Si Enrico  
nos coge dentro, por Dios,  
que recelo algún peligro.

LISANDRO:  
¿No es un hombre solo?

OCTAVIO:  
Sí.  
LISANDRO: Ni le temo, ni le estimo.

Salen CELIA leyendo un papel y LIDORA con recado de escribir

CELIA:  
Bien escrito está el papel.

LIDORA:  
Es discreto Severino.

CELIA:  
Pues no se le echa de ver  
notablemente.

LIDORA:  
[¿No has dicho  
que escribe bien?

CELIA:  
Sí, por cierto.]  
La letra es buena; [esto digo.]

LIDORA:  
Ya entiendo. [La mano y pluma  
son de maestro de niños.]

CELIA:  
Las razones de ignorante.

OCTAVIO:  
Llega, Lisandro atrevido.

LISANDRO:

Hermosa es, por vida mía.  
Muy pocas veces se ha visto  
belleza y entendimiento  
tanto en un sujeto mismo.

LIDORA:

Dos caballeros, si ya  
se juzgan por el vestido,  
han entrado.

CELIA:

¿Qué querrán?

LIDORA:

Lo ordinario.

OCTAVIO:

Ya te ha visto.

CELIA:

¿Qué mandan vuestras mercedes?

LISANDRO:

Hemos llegado atrevidos,  
porque en casas de poetas  
y de señores, no ha sido  
vedada la entrada a nadie.

LIDORA:

(Gran sufrimiento ha tenido,   Aparte  
pues la llamaron poeta,  
y ha callado.)

LISANDRO:

Yo he sabido  
que sois discreta en extremo,  
y que de Homero y de Ovidio  
excedéis la misma fama;  
y así yo y aqueste amigo  
que vuestro ingenio me alaba,  
en competencia venimos  
de que para cierta dama  
que mi amor puso en olvido  
y se casó a su disgusto,  
le hagáis algo; que yo afirmo

el premio a vuestra hermosura,  
si es, señora, premio digno  
el daros mi corazón.

LIDORA:  
(Por Belerma te ha tenido.)      Aparte

OCTAVIO:  
Yo vine también, señora,  
pues vuestro ingenio divino  
obliga a los que se precian  
de discretos, a lo mismo.

CELIA:  
¿Sobre quién tiene de ser?

OCTAVIO:  
Una mujer que me quiso  
cuando tuvo qué quitarme,  
y ya que pobre me ha visto,  
se recogió a buen vivir.

LIDORA:  
(Muy como discreta hizo.)      Aparte

CELIA:  
A buen tiempo habéis llegado;  
que a un papel que me han escrito  
querría responder ahora;  
y pues decís que de Ovidio  
excedo la antigua fama,  
haré ahora más que él hizo;  
a un tiempo se han de escribir  
vuestros papeles y el mío.

A LIDORA

Da a todos tinta y papel.

LISANDRO:  
¡Bravo ingenio!

OCTAVIO:  
Peregrino.

LIDORA:

Aquí está tinta y papel.

CELIA:  
Escribid, pues.

LISANDRO:  
Ya escribimos.

CELIA:  
¿Tú dices que a una mujer  
que se casó?

LISANDRO:  
Aqueso digo.

CELIA:  
¿Y tú a la que de dejó  
después que no fuiste rico

OCTAVIO:  
Así es verdad.

CELIA:  
Y yo aquí  
le respondo a Severino.

Escriban, y salen GALVÁN y ENRICO con espada y broquel

ENRICO:  
¿Qué se busca en esta casa,  
hidalgos?

LISANDRO:  
Nada buscamos;  
estaba abierta y entramos.

ENRICO:  
¿Conóceme?

LISANDRO:  
Aquesto pasa.

ENRICO:  
Pues váyanse noramala,  
que, voto a Dios, si me enojo...  
No me haga, Celia del ojo.

OCTAVIO:  
¿Qué locura a aquesta iguala?

ENRICO:  
Que los arroje en el mar,  
aunque está lejos de aquí.

Aparte a ENRICO

CELIA:  
Mi bien, por amor de mí.

ENRICO:  
¿Tú te atreves a llegar?  
Apártate, ¡voto a Dios!,  
que te dé una bofetada.

OCTAVIO:  
Si el estar aquí os enfada,  
ya nos iremos los dos.

LISANDRO:  
¿Sois pariente, o sois hermano  
de aquesta señora?

ENRICO:  
Soy  
el diablo.

GALVÁN:  
Ya yo estoy  
con la hojarasca en la mano.  
Sacúdelos.

OCTAVIO:  
Deteneos.

CELIA:  
Mi bien, por amor de Dios.

OCTAVIO:  
Aquí venimos los dos,  
no con lascivos deseos,  
sino a que nos escribiese  
unos papeles.

ENRICO:  
Pues ellos,  
que se precian de tan bellos,  
¿no saben escribir?

OCTAVIO:  
Cese  
vuestro enojo.

ENRICO:  
¿Qué es cesar?  
¿Qué es de lo escrito?

OCTAVIO:  
Esto es.

Rasga los papeles

ENRICO:  
Vuelvan por ellos después,  
porque ahora no hay lugar.

CELIA:  
¿Los rompiste?

ENRICO:  
Claro está  
y si me enojo...

CELIA:  
¡Mi bien!

ENRICO:  
...haré los mismo también  
de sus caras.

LISANDRO:  
Basta ya.

ENRICO:  
Mi gusto tengo de hacer  
en todo cuanto quisiere;  
y si voarcé lo quiere,  
sor hidalgo, defender,  
cuéntese sin piernas ya,

porque yo nunca temí  
hombres como ellos.

LISANDRO:

¿Qué ansí  
nos trate un hombre?

OCTAVIO:

¡Calla!

ENRICO:

Ellos se precian de hombres,  
siendo de mujer las almas;  
si pretenden llevar palmas  
y ganar honrosos nombre  
defiéndanse de esta espada.

Acuchíllelos

CELIA:

¡Mi bien!

ENRICO:

Aparta.

CELIA:

Detente.

ENRICO:

[Nadie detenerme intente.]

CELIA:

¿Qué es aquesto? ¡Ay, desdichada!

LIDORA:

Huyendo van, que es belleza.

GALVÁN:

¡Qué cuchillada le di!

ENRICO:

Viles gallinas, ¿ansí  
afrentáis vuestra destreza?

CELIA:

Mi bien, ¿qué has hecho?

ENRICO:

Nonada.

¡Gallardamente le di  
a aquél más alto! Le abrí  
un jeme de cuchillada.

LIDORA:

¡Bien el que entra a verte gana!

GALVÁN:

Una punta le tiré  
a aquél más bajo, le eché  
fuera una arroba de lana.  
¡Terrible peto traía!

ENRICO:

¿Siempre, Celia, me has de dar  
disgusto?

CELIA:

Basta el pesar;  
sosiega, por vida mía.

ENRICO:

¿No te he dicho que no gusto  
que entren estos marquesotes  
todos guedejas, bigotes,  
adonde me dan disgusto?  
¿Qué provecho tienes de ellos?  
¿Qué te ofrecen, qué te dan  
éstos que contino están  
rizándose los cabellos.  
De peña, de roble o risco  
es el dar su condición;  
su bolsa hizo profesión  
en la orden de San Francisco.  
Pues, ¿para qué los admities?  
¿Para qué los das entrada?  
¿No te tengo yo avisada?  
Tú harás algo que me incites  
a cólera.

CELIA:

Bueno está.

ENRICO:

Apártate.

CELIA:

Oye, mi bien,  
porque sepas que hay también  
alguno en éstos que da.  
Aqueste anillo y cadena  
me dieron éstos.

ENRICO:

A ver.  
La cadena he menester,  
que me parece muy buena.

CELIA:

¿La cadena?

ENRICO:

Y el anillo  
también me has de asegurar.

LIDORA:

Déjale algo a mi señora.

ENRICO:

Ella, ¿no sabrá pedillo?  
¿Para qué lo pides tú?

GALVÁN:

Ésta por hablar se muere.

LIDORA:

¡Mal haya quien bien os quiere,  
rufianes de Bercebú!

CELIA:

Todo es tuyo, vida mía;  
y, pues yo tan tuya soy,  
escúchame.

ENRICO:

Atento estoy.

CELIA:

Sólo pedirte querría

que nos lleves esta tarde  
a la Puerta de la Mar.

ENRICO:  
El manto puedes tomar.

CELIA:  
Yo haré que allá nos aguarde  
la merienda.

ENRICO:  
¿Oyes, Galván?  
Ve a avisar luego al instante  
a nuestro amigo Escalante,  
a Cherinos y Roldán,  
que voy con Celia.

GALVÁN:  
Sí haré.

ENRICO:  
Di que a la Puerta del Mar  
nos vayan luego a esperar  
con sus mozas.

LIDORA:  
¡Bien a fe!

GALVÁN:  
Ello habrá lindo bureo.  
Mas que ha de haber cuchilladas.

CELIA:  
¿Quieres que vamos tapadas?

ENRICO:  
No es eso lo que deseo.  
Descubiertas habéis de ir,  
porque quiero en este día  
que sepan que tú eres mía.

CELIA:  
Como te podré servir,  
vamos.

LIDORA:

Tú eres inocente.

¿Todas las joyas le has dado?

CELIA: Todo está bien empleado  
en hombre que es tan valiente.

GALVÁN:

Mas que ¿no te acuerdas ya  
que te dijeron ayer,  
que una muerte habías de hacer?

ENRICO:

Cobrada y gastada está  
ya la mitad del dinero.

GALVÁN:

Pues, ¿para qué vas al mar?

ENRICO:

Después se podrá trazar,  
que ahora, Galván, no quiero.  
Anillo y cadenas tengo,  
que me dio la tal señora;  
dineros sobran ahora.

GALVÁN:

Ya tus intentos prevengo.

ENRICO:

Viva alegre el desdichado,  
libre de cuidado y pena,  
que en gastando la cadena  
le daremos su recado.

Vanse y salen PAULO y PEDRISCO de camino graciosamente

PEDRISCO:

Maravillado estoy de tal suceso.

PAULO:

Secretos son de Dios.

PEDRISCO:

¿De modo, padre,  
que el fin que ha de tener aqueste Enrico  
ha de tener también?

PAULO:

Faltar no puede  
la palabra de Dios; el ángel suyo  
me dijo que si Enrico se condena  
me he de condenar, y si él se salva  
también me he de salvar.

PEDRISCO:

Sin duda, padre,  
que es un santo varón aqueste Enrico.

PAULO:

Eso mismo imagino.

PEDRISCO:

Ésta es la puerta  
que llaman de la Mar.

PAULO:

Aquí me manda  
el ángel que le aguarde.

PEDRISCO:

Aquí vivía  
un tabernero gordo, padre mío,  
adonde yo acudía muchas veces;  
y más allá, el acaso se le acuerda,  
vivía aquella moza rubia y alta  
que Archero de la Guarda parecía  
a quien él requebraba.

PAULO:

¡Oh, vil contrario!  
Livianos pensamientos me fatigan.  
¡Cuerpo flaco! Hermano, escuche.

PEDRISCO:

Escucho.

PAULO:

El contrario me tienta con memoria  
de los pasados gustos...

Échase en el suelo

PEDRISCO:

Pues, ¿qué hace?

PAULO:

En el suelo me arrojó de esta suerte  
para que en él me pise. Llegue, hermano.  
Píseme muchas veces.

PEDRISCO:

En buen hora,  
que soy muy obediente, padre mío.

Písale

¿Písole bien?

PAULO:

Sí, hermano.

PEDRISCO:

¿No le duele?

PAULO:

Pise, y no tenga pena.

PEDRISCO:

¿Pena, padre?  
¿Por qué razón he yo de tener pena?  
Piso y repiso, padre de mi vida;  
mas temo no reviente, padre mío.

PAULO:

Píseme, hermano.

Dan voces dentro, deteniendo a ENRICO

ROLDÁN:

Deteneos, Enrico.

ENRICO:

Al mar he de arrojalle, ¡vive el cielo!

PAULO:

A Enrico oí nombrar.

ENRICO:

¿Gente mendiga

ha de haber en el mundo?

CHERINOS:

Deteneos.

ENRICO:

Podrásme detener en arrojándole.

CELIA:

¿Dónde vas? Detente.

ENRICO:

No hay remedio.

Harta merced te hago pues te saco  
de tan grande miseria.

ROLDÁN:

¿Qué habéis hecho?

Salen todos

ENRICO:

Llegóme a pedir un pobre una limosna;  
dolióme el verle con tan gran miseria,  
y porque no llegase a avergonzarse  
otro desde hoy, cogíle yo en los brazos  
y le arrojé en el mar.

PAULO:

¡Delito inmenso!

ENRICO:

Ya no será más pobre, según pienso.

PEDRISCO:

(¡Algún diablo limosna te pidiera!)    Aparte

CELIA:

¿Siempre has de ser crüel?

ENRICO:

No me repliques,  
que haré contigo y los demás lo mismo.

ESCALANTE:

Dejemos eso agora, por tu vida.

Sentémonos los dos, Enrico amigo.

Aparte a PEDRISCO

PAULO:

A éste han llamado Enrico.

PEDRISCO:

Será otro.

¿Querías tú que fuese este mal hombre  
que en vida está ya ardiendo en los infiernos?

Aguardemos a ver en lo que parra.

ENRICO:

Pues siéntense voarcedes, porque quiero  
haya conversación.

ESCALANTE:

Muy bien ha dicho.

ENRICO:

Siéntese, Celia, aquí.

CELIA:

Ya estoy sentada.

ESCALANTE:

Tú conmigo, Lidora.

LIDORA:

Lo mismo digo yo, seor Escalante.

CHERINOS:

Siéntese aquí, Roldán.

ROLDÁN:

Ya voy, Cherinos.

PEDRISCO:

¡Mire qué buenas almas, padre mío!  
Lléguese más, verá de los que tratan.

PAULO:

¿Que no viene mi Enrico?

PEDRISCO:

Mire y calle,  
que somos pobres, y este desalmado  
no nos eche en la mar.

ENRICO:

Agora quiero  
que cuente cada uno de voarcedes  
las hazañas que ha hecho en esta vida,  
quiero decir hazañas, latrocinios,  
cuchilladas, heridas, robos, muertes,  
salteamientos y cosas de este modo.

ESCALANTE:

Muy bien ha dicho Enrico.

ENRICO:

Y al que hubiere  
hecho mayores males, al momento  
una corona de laurel le pongan  
cantándole alabanzas y motetes.

ESCALANTE:

Soy contento.

ENRICO:

Comience, seor Escalante.

PAULO:

(¡Que esto sufre el Señor!)      Aparte

PEDRISCO:

(Nada le espante.)      Aparte

ESCALANTE:

Yo digo así:...

PEDRISCO:

(¡Qué alegre y satisfecho!)      Aparte

ESCALANTE:

Veinte y cinco pobretes tengo muertos;  
seis casa he escalado y treinta heridas  
he dado con la chica.

PEDRISCO:

(¡Quien te viera      Aparte

hacer en una horca cabriolas!)

ENRICO:  
Diga Cherinos.

PEDRISCO:  
(¡Qué ruin nombre tiene! Aparte  
Cherinos--cosa poca.)

CHERINOS:  
Yo comienzo:  
No he muerto a ningún hombre, pero he dado  
más de cien puñaladas.

ENRICO:  
¿Y ninguna  
fue mortal?

CHERINOS:  
Amparóles la Fortuna.  
De capas que he quitado en esta vida  
y he vendido a un ropero, está ya rico.

ENRICO:  
¿Véndelas él?

CHERINOS:  
¿Pues no?

ENRICO:  
¿No las conocen?

CHERINOS:  
Por quitarse de aquestas ocasiones,  
las convierte en ropillas y calzones.

ENRICO:  
¿Habéis hecho otra cosa?

CHERINOS:  
No me acuerdo.

PEDRISCO:  
(Mas que le absuelve ahora el ladronazo.) Aparte

CELIA:

Y tú, ¿qué has hecho, Enrico?

ENRICO:

Oigan, voarcedes:...

ESCALANTE:

Nadie cuente mentiras.

ENRICO:

¿Yo soy hombre  
que en mi vida las dije?

GALVÁN:

Tal se entiende.

PEDRISCO:

(¿No escucha, padre mío, estas razones?) Aparte

PAULO:

(Estoy mirando a ver si viene Enrico.) Aparte

ENRICO:

Haya, pues, atención.

CELIA:

Nadie te impide.

PEDRISCO:

(¡Miren a qué sermón atención pide!) Aparte

ENRICO:

Yo nací mal inclinado  
como se ve en los efectos  
del discurso de mi vida  
que referiros pretendo.  
Con regalos me crié  
en Nápoles, que ya pienso  
que conocéis a mi padre,  
que aunque no fue caballero  
ni de sangre generosa,  
era muy rico; y yo entiendo  
que es la mayor calidad  
el tener en este tiempo.  
Crióme, al fin, como digo,  
entre regalos, haciendo  
travesuras cuando niño,

locuras cuando mancebo.  
Hurtaba a mi viejo padre,  
arcas y cofres abriendo,  
los vestidos que tenía,  
las joyas y los dineros.  
Jugaba, y digo jugaba,  
para que sepáis con esto  
que de cuantos vicios hay  
es el primer padre el juego.  
Quedé pobre y sin hacienda,  
y como enseñado a hacerlo,  
di en robar de casa en casa  
cosas de pequeño precio.  
Iba a jugar, y perdía;  
mis vicios iban creciendo.  
Di luego en acompañarme  
con otros del arte mismo;  
escalamos siete casas,  
dimos la muerte a sus dueños;  
lo robado repartimos  
para dar caudal al juego.  
De cinco que éramos todos,  
sólo los cuatro prendieron,  
y nadie me descubrió  
aunque les dieron tormento.  
Pagaron en una plaza  
su delito, y yo con esto,  
de escarmentado, acógime  
a hacer a solas mis hechos.  
Íbame todas las noches  
solo a la casa del juego,  
donde a su puerta aguardaba  
a que saliesen de adentro.  
Pedía con cortesía  
el barato, y cuando ellos  
iban a sacar qué darme,  
sacaba yo el fuerte acero,  
que riguroso escondía  
en su inocentes pechos,  
y por fuerza me llevaba  
lo que ganando perdieron.  
Quitaba de noche capas;  
tenía diversos hierros  
para abrir cualquiera puerta  
y hacerme capaz del dueño.  
Las mujeres estafaba,

y no dándome el dinero,  
visitaba una navaja  
su rostro luego al momento.  
Aquestas cosas hacía  
el tiempo que fui mancebo;  
pero escuchadme y sabréis,  
siendo hombre, las que he hecho.  
A treinta desventurados  
yo solo y a queste acero,  
que es de la muerte ministro,  
del mundo sacado habemos.  
Los diez muertos por mi gusto,  
y los veinte me salieron  
una con otra a doblón.  
¿Diréis que es pequeño precio?  
Es verdad; mas, ¡voto a Dios!,  
que en faltándome el dinero,  
que mate por un doblón  
a cuántos me están oyendo.  
Seis doncellas he forzado.  
¡Dichoso llamarme puedo  
pues seis he podido hallar  
en este felice tiempo!  
De una principal casada  
me aficioné; ya resuelto  
habiendo entrado en su casa,  
a ejecutar mi deseo,  
dio voces, vino el marido,  
y yo, enojado y resuelto,  
llegué con él a los brazos,  
y tanto en ellos le aprieto,  
que perdió tierra; y apenas  
en este punto le veo,  
cuando de un balcón le arrojo,  
y en el suelo cayó muerto.  
Dio voces la tal señora;  
y yo, sacando el acero,  
le metí cinco o seis veces  
en el cristal de su pecho  
donde puertas de rubíes  
en campos de cristal bellos  
le dieron salida al alma  
para que se fuese huyendo.  
Por hacer mal solamente,  
he jurado juramentos  
falsos, fingiendo quimeras,

hecho máquinas, enredos.  
Y a un sacerdote quien quiso  
reprehenderme con buen celo,  
de un bofetón que le di,  
cayó en la tierra medio muerto.  
Porque supe que encerrado  
en casa de un pobre viejo  
estaba un contrario mío,  
a la casa puse fuego;  
y sin poder remediallo  
todos se quemaron dentro  
y hasta dos niños hermanos  
ceniza quedaron hechos.  
No digo jamás palabra  
si no es con juramento,  
un pese o un por vida,  
porque sé que ofendo al cielo.  
En mi vida misa oí,  
ni, estando en peligros ciertos  
de morir, me he confesado,  
ni invocado a Dios eterno.  
No he dado limosna nunca,  
aunque tuviese dineros;  
antes persigo a los pobres,  
como habéis visto el ejemplo.  
No respeto a religiosos;  
de sus iglesias y templos  
seis cálices he robado  
de diversos ornamentos  
que sus altares adornan.  
Ni a la justicia respeto;  
mil veces me he resistido  
y a sus ministros he muerto;  
tanto que para prenderme  
no tienen ya atrevimiento.  
Y finalmente, yo estoy  
preso por los ojos bellos  
de Celia, que está presente;  
todos la tienen respeto  
por mí, que la adoro, y cuando  
sé que la sobran dineros,  
con lo que me da, aunque poco,  
mi viejo padre sustento,  
que ya le conoceréis  
por el nombre de Anareto.  
Cinco años ha que tullido

en una cama le tengo,  
y tengo piedad con él  
por estar pobre el buen viejo;  
y como soy causa, al fin  
de ponello en tal extremo,  
por jugarle yo su hacienda  
el tiempo que fui mancebo.  
Todo es verdad lo que he dicho,  
¡voto a Dios!, y que no miento;  
juzgad ahora vosotros  
cuál merece mayor premio.

PEDRISCO: (Cierto, padre de mi vida      Aparte  
que con servicios tan buenos,  
que puede ir a pretender  
éste a la corte.)

ESCALANTE:  
Confieso  
que tú el lauro has merecido.

GALVÁN:  
Y yo confieso lo mismo.

CHERINOS:  
Todos lo mismo decimos.

CELIA:  
El laurel darte pretendo.

ENRICO:  
Vivas, Celia, muchos años.

CELIA:  
Toma, mi bien, y con esto  
pues que la merienda aguarda,  
nos vamos.

GALVÁN:  
Muy bien has hecho.

CELIA:  
Digan todos, "Viva Enrico!"

TODOS:  
¡Viva el hijo de Anareto!

ENRICO:

Al punto todos nos vamos  
a holgarnos y entretenernos.

Vanse

PAULO:

Salid, lágrimas, salid;  
salid apriesa del pecho.  
No lo dejéis de vergüenza.  
¡Qué lastimoso suceso!

PEDRISCO:

¿Qué tiene, padre?

PAULO:

¡Ay, hermano!  
Penas y desdichas tengo.  
Este mal hombre que he visto  
es Enrico.

PEDRISCO:

¿Cómo es eso?

PAULO:

Las señas que me dio el ángel  
son tuyas.

PEDRISCO:

¿Es cierto?

PAULO:

Sí, hermano, porque me dijo  
que era hijo de Anareto,  
y aqueste también lo ha dicho.

PEDRISCO: Pues aquéste ya está ardiendo  
en los infiernos en vida.

PAULO:

Eso sólo es lo que temo.  
El ángel de Dios me dijo  
que si éste se va al infierno,  
que al infierno tengo de ir,  
y al cielo si éste va al cielo.

Pues al cielo, hermano mío,  
¿cómo ha de ir éste, si vemos  
tantas maldades en él,  
tantos robos manifiestos,  
crueldades y latrocinios,  
y tan viles pensamientos?

PEDRISCO:

En eso, ¿quién pone duda?  
Tan cierto se irá al infierno  
como el despensero Judas.

PAULO:

¡Gran Señor! ¡Señor eterno!  
¿Por qué me habéis castigado  
con castigo tan inmenso?  
Diez años y más, Señor,  
ha que vivo en el desierto  
comiendo yerbas amargas,  
salobres aguas bebiendo,  
sólo porque vos, Señor,  
juez piadoso, sabio, recto,  
perdonareis mis pecados.  
¡Cuán diferente lo veo!  
Al infierno tengo de ir.  
Ya me parece que siento  
que aquellas voraces llamas  
van abrasando mi cuerpo.  
¡Ay, qué rigor!

PEDRISCO:

Ten paciencia.

PAULO:

¿Qué paciencia o sufrimiento  
ha de tener el que sabe  
que se ha de ir a los infiernos?  
Al infierno, centro oscuro  
donde ha de ser el tormento  
eterno y ha de durar  
lo que Dios durare. ¡Ah, cielo!  
¿Que nunca se ha de acabar!  
¡Que siempre han de estar ardiendo  
las almas! ¡Siempre! ¡Ay, de mí!

PEDRISCO:

(Sólo oírle me da miedo.) Aparte  
Padre, volvamos al monte.

PAULO:

Que allá volvamos pretendo;  
pero no a hacer penitencia,  
pues que ya no es de provecho.  
Dios me dijo que si aquéste  
se iba al cielo, me iría al cielo,  
y al profundo si al profunda.  
Pues es así, seguir quiero  
su misma vida. Perdone  
Dios aqueste atrevimiento.  
Si su fin he de tener,  
tenga su vida y sus hechos,  
que no es bien que yo en el mundo  
esté penitencia haciendo,  
y que él viva en la ciudad  
con gustos y con contentos,  
y que a la muerte tengamos  
un fin.

PEDRISCO:

Es discreto acuerdo;  
bien has dicho, padre mío.

PAULO:

En el monte hay bandoleros;  
bandolero quiero ser,  
porque así igualar pretendo  
mi vida con la de Enrico,  
pues su mismo fin tenemos.  
Tan malo tengo de ser  
como él, y peor si puedo;  
que pues ya los dos estamos  
condenado al infierno,  
bien es que antes de ir allá  
en el mundo nos vengamos.

PEDRISCO:

(¡Ah, Señor! ¿Quién tal pensara?) Aparte  
Vamos, y déjate de eso  
y de esos árboles altos  
los hábitos ahorquemos.  
Viste galán.

PAULO:

Sí haré;

y yo haré que tengan miedo  
a un hombre que, siendo justo,  
se ha condenado al infierno.  
¡Rayo del mundo he de ser!

PEDRISCO:

¿Qué se ha de hacer de dineros?

PAULO:

Yo los quitaré al demonio  
si fuere cierto el traerlos.

PEDRISCO:

Vamos, pues.

PAULO:

Señor, perdona  
si injustamente me vengo;  
tú me has condenado ya;  
tu palabra, es caso cierto  
que atrás no puede volver,  
pues, si es así, tener quiero  
en el mundo buena vida,  
pues tan triste fin espero.  
Los pasos pienso seguir  
de Enrico.

PEDRISCO:

Ya voy temiendo  
que he de ir contigo a las ancas  
cuando vayas al infierno.

## JORNADA SEGUNDA

Salen ENRICO y GALVÁN

ENRICO:

¡Válgate el diablo, el juego!  
¡Qué mal que me has tratado!

GALVÁN:

Siempre eres desdichado.

ENRICO:

¡Fuego en las manos, fuego!

¿Estáis descomulgadas?

GALVÁN:

Echáronte a perder suertes trocadas.

ENRICO:

Derechas no los gano;

si las trueco, tampoco.

GALVÁN:

Él es un juego loco.

ENRICO:

Esta derecha mano

me tiene destruido;

noventa y nueve escudos he perdido.

GALVÁN:

Pues, ¿para qué estás triste,

que nada te costaron?

ENRICO:

¡Qué poco que duraron!

¿Viste tal cosa? ¿Viste

tal multitud de suertes?

GALVÁN:

Con esa pesadumbre te diviertes

y no cuidas de nada;

y has de matar a Albano,

que de Laura el hermano

te tiene ya pagada

la mitad del dinero.

ENRICO:

Sin blanca estoy; matar a Albano quiero.

GALVÁN:

Y aquesta noche, Enrico,

Cherinos y Escalante...

ENRICO:

A ayudallos me aplico.  
¿No han de robar la casa  
de Octavio el Genovés?

GALVÁN:  
Aqueso pasa.

ENRICO:  
Pues yo seré el primero  
que suba a sus balcones;  
en tales ocasiones  
aventajarme quiero.  
Ve y diles que aquí aguardo.

GALVÁN:  
Volando voy, que todo eres gallardo.

Vase

ENRICO:  
Pues mientras ellos se tardan,  
y el manto lóbrego aguardan  
que su remedio ha de ser,  
quiero un viejo padre ver  
que aquestas paredes guardan.  
Cinco años ha que le tengo  
en una cama tullido,  
y tanto a estimarle vengo,  
que, con andar tan perdido,  
a mi costa le mantengo.  
De lo que Celia me da,  
o yo por fuerza le quito,  
traigo lo que puedo acá  
y su vida solicito,  
que acabando el curso va.  
De lo que de noche puedo,  
varias casas escalando,  
robar con cuidado o miedo,  
voy su sustento aumentando,  
y a veces sin él me quedo.  
Que esta virtud solamente  
en mi vida distraída  
conservo piadosamente,  
que es deuda al padre debida  
el serle hijo obediente.  
En mi vida le ofendí

ni pesadumbre le di.  
En todo cuanto mandó  
obediente me halló  
desde el día en que nací;  
que aquéostas, mis travesuras,  
mocedades y locuras  
nunca a saberlas llegó;  
que a saberlas, bien sé yo  
que, aunque mis entrañas duras,  
de peña, al blanco cristal  
opuestas, fueron formadas  
y mi corazón igual  
a las fieras encerradas  
en riscos de pedernal,  
que las hubiera atajado;  
pero siempre le he tenido  
donde de nadie informado,  
ni un disgusto ha recibido  
de tantos como he causado.

Descúbrese su padre en una silla

Aquí está. Quiérole ver.  
Durmiendo está al parecer.  
Padre.

ANARETO:  
¡Mi Enrico querido!

ENRICO:  
Del descuido que he tenido  
perdón espero tener  
de vos, Padre de mis ojos.  
¿Heme tardado?

ANARETO:  
No, hijo.

ENRICO:  
No os quisiera dar enojos.

ANARETO:  
En verte me regocijo.

ENRICO:  
No es sol por celajes rojos

saliendo a dar resplandor  
a la tiniebla mayor,  
que espera tan alto bien  
parece al día tan bien  
como vos a mí, señor.  
Que vos para mí sois sol,  
y los rayos que arrojáis  
de ese divino arrebol  
son las canas con que honráis  
este reino.

ANARETO:  
Eres crisol  
donde la virtud se apura.

ENRICO:  
¿Habéis comido?

ANARETO:  
Yo, no.

ENRICO:  
¿Hambre tendréis?

ANARETO:  
La ventura  
de mirarte me quitó  
la hambre.

ENRICO:  
No me asegura,  
padre mío, esta razón  
nacida de la afición  
tan grande que me tenéis;  
pero agora comeréis,  
que las dos pienso que son  
de la tarde. Ya la mesa  
os quiero, padre, poner.

ANARETO:  
De tu cuidado me pesa.

ENRICO:  
Todo eso y más ha de hacer  
el que obediencia profesa.  
(Del dinero que jugué      Aparte

un escudo reservé  
para comprar qué comiese,  
porque aunque al juego le pese,  
no ha de faltar esta fe.)  
Aquí traigo en el lenzuelo,  
padre mío, qué comáis.  
Estimad mi justo celo.

ANARETO:  
Bendito, mi Dios, seáis  
en la tierra y en el cielo,  
pues que tal hijo me disteis  
cuando tullido me visteis,  
que mi pies y manos sea.

ENRICO:  
Comed, porque yo lo vea.

ANARETO:  
Miembros cansados y tristes,  
ayudadme a levantar.

ENRICO:  
Yo, padre, os quiero ayudar.

ANARETO:  
Fuerza me infunden tus brazos.

ENRICO:  
Quisiera en estos abrazos  
la vida poderos dar.  
Y digo, padre, la vida,  
porque tanta enfermedad  
es ya muerte conocida.

ANARETO:  
La divina voluntad  
se cumpla.

ENRICO:  
Ya la comida  
os espera. ¡Llegaré  
la mesa?

ANARETO:  
No, hijo mío,

que el sueño me vence.

ENRICO:

¿A fe?

Pues, dormid.

ANARETO:

Dádome ha un frío  
muy grande.

ENRICO:

Yo os llegaré  
la ropa.

ANARETO:

No es menester.

ENRICO:

Dormid.

ANARETO:

Yo, Enrico, quisiera,  
por llegar siempre a temer  
que en viéndote es la postrera  
vez que te tengo de ver,  
--porque aquesta enfermedad  
me trata con tal crueldad--  
que quisiera que tomaras  
estado.

ENRICO:

¿En eso reparas?

Cúmplase tu voluntad.

Mañana pienso casarme.

(Quiero darle aqueste gusto, Aparte  
aunque finja.)

ANARETO:

Será darme  
la salud.

ENRICO:

Hacer es justo  
lo que tú puedes mandarme.

ANARETO:

Moriré, Enrico, contento.

ENRICO:

Darte gusto en todo intento,  
porque veas de esta suerte  
que por sólo obedecerte  
me sujeto al casamiento.

ANARETO:

Pues, Enrico, como viejo  
te quiero dar un consejo:  
No busques mujer hermosa,  
porque es cosa peligrosa  
ser en cárcel mal segura  
alcaide un una hermosura  
donde es le afrenta forzosa.  
Está atento, Enrico.

ENRICO:

Di.

ANARETO:

Y nunca entienda de ti  
que de su amor no te fías,  
que viendo que desconfías,  
todo lo ha de hacer ansí.  
Con tu mismo ser la iguala;  
ámala, sirve y regala;  
con celos no la des pena,  
que no hay mujer que sea buena  
si ve que piensan que es mala.  
No declares tu pasión  
hasta llegar la ocasión,  
y luego...

Duérmese

ENRICO:

Vencióle el sueño,  
que es de los sentidos dueño,  
al dar la mejor lición.  
Quiero la ropa llegalle  
y de esta suerte dejalle  
hasta que repose.

Cúbrele y sale GALVÁN

GALVÁN:

Ya  
todo prevenido está,  
y mira que por la calle  
viene Albano.

ENRICO:

¿Quién?

GALVÁN:

Albano  
a quien la muerte has de dar.

ENRICO:

Pues, ¿yo he de ser tirano?

GALVÁN:

¿Cómo?

ENRICO:

¿Yo le he de matar  
por un interés liviano?

GALVÁN:

¿Ya tienes temor?

ENRICO:

Galván,  
estos dos ojos que están  
con este sueño cubiertos,  
por mirar que estás despiertos  
aqueste temor me dan.  
No me atrevo, aunque mi nombre  
tiene su altivo renombre  
en las memorias escrito,  
intentar tan gran delito  
donde está durmiendo este hombre.

GALVÁN:

¿Quién es?

ENRICO:

Un hombre eminente  
a quien temo solamente  
y en esta vida respeto,

que para el hijo discreto  
es el padre muy valiente.  
Si conmigo le llevara  
siempre, nunca yo intentara  
los delitos que condeno,  
pues fuera su vista el freno  
que la ocasión me tirara.  
Pero corre esa cortina,  
que en no verle podrá ser,  
pues mi valor afemina,  
que rigor venga a tener  
si ahora a piedad me inclina.

Corre la cortina

GALVÁN:  
Ya está cerrada.

ENRICO:  
Galván,  
ahora que no le veo,  
ni sus ojos luz me dan,  
matemos, si es tu deseo,  
cuantos en el mundo están.

GALVÁN:  
Pues mira que viene Albano,  
y que de Laura al hermano  
que le des muerte conviene.

ENRICO:  
Pues él a buscarla viene,  
dale por muerto.

GALVÁN:  
Es llano.

Sale ALBANO, viejo, y pasa

ALBANO:  
(El sol a poniente va,   Aparte  
como va mi edad también,  
y con cuidado estará  
mi esposa.)

ENRICO:

Brazo, detén.

GALVÁN:

¿Qué aguardas, Enrico, ya?

ENRICO:

Miro un hombre que es retrato  
y viva imagen de aquél  
a quien siempre de honrar trato;  
pues di, si aquí soy crüel,  
¿no seré a mi padre ingrato?  
Hoy de mis manos tiranas  
por ser viejo, Albano, ganas  
la cortesía que esperas,  
que son piadosas terceras,  
aunque mudas, esas canas.  
Vete libre, que repara  
mi honor, que así se declara,  
aunque a mi opinión no cuadre,  
que pensara que a mi padre  
mataba si te matara.  
¡Canas, los que os aborrecen,  
hoy a estimaros empiecen,  
pocos les ofenderán,  
pues tan seguras se van  
cuando enemigos se ofrecen.

GALVÁN:

¡Vive Dios, que no te entiendo!  
Otro eres ya del que fuiste.

ENRICO:

Poco mi valor ofendo.

GALVÁN:

Darle la muerte pudiste.

ENRICO:

No es eso lo que pretendo.  
A nadie temí en mi vida;

varios delitos he hecho;  
he sido fiera homicida,  
y no hay maldad que en mi pecho  
no tenga siempre acogida;  
pero en llegado a mirar

las canas que supe honrar  
porque en mi padre las vi,  
todo el furor reprimí  
y las procuré estimar.  
Si yo supiera que Albano  
era de tan larga edad,  
nunca de Laura al hermano  
prometiera tal crueldad.

GALVÁN:  
Respeto fue necio y vano.  
El dinero que te dio,  
por fuerza habrás de volver,  
ya que Albano no murió.

ENRICO:  
Podrá ser.

GALVÁN:  
¿Qué podrá ser?

ENRICO:  
Podrá ser, si quiero yo.

GALVÁN:  
Él viene.

Sale OCTAVIO

OCTAVIO:  
A Albano encontré  
vivo y sano como yo.

ENRICO:  
Yo lo creo.

OCTAVIO:  
Y no pensé  
que la palabra que dio  
de matarle vuesasté  
no se cumpliera tan bien  
como se cumplió la paga.  
¿Esto es ser hombre de bien?

GALVÁN:  
Éste busca que le den

un bofetón con la daga.

ENRICO:

No mato a hombres viejos yo;  
y si a voarcé le ofendió  
vaya y mátale al momento,  
que yo quedo muy contento  
con la paga que me dio.

OCTAVIO:

El dinero ha de volverme.

ENRICO:

Váyase voarcé con Dios.  
No quiera enojado verme;  
que, ¡juro a Dios!...

GALVÁN:

Ya los dos  
riñen; el diablo no duerme.

OCTAVIO:

Mi dinero he de cobrar.

ENRICO:

Pues yo no lo pienso dar.

OCTAVIO:

Eres un gallina.

ENRICO:

¡Mientes!

Dale

OCTAVIO:

Muerto soy.

ENRICO:

Mucho lo sientes.

GALVÁN:

Hubiérase ido a acostar.

ENRICO:

A hombres como tú arrogantes

doy la muerte yo, no a viejos  
que con canas y consejos  
vencen ánimos gigantes.  
Y si quisieras probar  
lo que llevo a sustentar,  
pide a Dios, si él lo permite,  
que otra vez te resucite,  
y te volveré a matar.

Dentro dice el GOBERNADOR

GOBERNADOR:  
Prendedle, dadle la muerte.

GALVÁN:  
Aquesto es malo.  
Más de cien hombres vienen a prenderte  
con el Gobernador.

ENRICO:  
Vengan seiscientos.  
Si me prenden, Galván, mi muerte es cierta;  
si me defiendo, puede hacer mi dicha  
que no me maten, y que yo me escape;  
y más quiero morir con honra y fama.  
Aquí está Enrico; ¿no llegáis, cobardes?

GALVÁN:  
Cercado te han por todas partes.

ENRICO:  
Cerquen  
que, vive Dios, que tengo de arrojarme  
por entre todos.

GALVÁN:  
Yo tus pasos sigo.

ENRICO:  
Pues haz cuenta que César va contigo.

Sale el GOBERNADOR y mucha gente, y ENRICO los mete a todos a cuchilladas

GOBERNADOR:  
¿Eres demonio?

ENRICO:  
Soy un hombre solo  
que huye de morir.

GOBERNADOR:  
Pues date preso,  
y yo te libraré.

ENRICO:  
No pienso en eso.  
Así habéis de prenderme.

GALVÁN:  
Sois cobardes.

GOBERNADOR:  
¡Ay, de mí! Muerto soy.

UNO:  
¡Gran desdicha!  
Mató al Gobernador. ¡Mala palabra!

Retíralos y sale ENRICO

ENRICO:  
Y aunque la tierra sus entrañas abra,  
y el ella me sepulte es imposible  
que me pueda escapar; tú, mar soberbio,  
en tu centro me esconde; con la espada  
entre los dientes tengo de arrojarme.  
Tened misericordia de mi alma,  
Señor inmenso, que aunque soy tan malo,  
no dejo de tener conocimiento  
de vuestra santa fe. Pero, ¿qué hago?  
¿Al mar quiero arrojarme cuando dejo  
triste, afligido, un miserable viejo?  
Al padre de mi vida volver quiero,  
y llevarle conmigo; a ser Eneas  
del viejo Anquises.

Dentro

GALVÁN:  
¿Dónde vas? Detente.

ENRICO:

Seguidme por aquí.

GALVÁN:  
Guarda tu vida.

ENRICO:  
Perdonad, padre mío de mis ojos,  
el no poder llevarlo en mis brazos,  
aunque en el alma bien sé yo que os llevo.  
Sígueme tú, Galván.

GALVÁN:  
Yo ya te sigo.

ENRICO:  
Por tierra no podemos escaparnos.

GALVÁN:  
Pues arrójome al mar.

ENRICO:  
Su centro airado  
sea sepulcro mío. ¡Ay, padre amado!  
¡Cuánto siento el dejaros!

GALVÁN:  
Ven conmigo.

ENRICO:  
Cobarde soy, Galván, si no te sigo.

Vanse y sale PAULO de bandolero, y otros, y traen tres hombres y PEDRISCO de bandolero gracioso

BANDOLERO 1:  
A ti solo, Paulo fuerte,  
pues que ya todos te damos  
palabra de obedecerte,  
que sentencias esperamos  
estos tres a vida o muerte.

PAULO:        ¡Dejáronos ya el dinero?

PEDRISCO:  
Ni una blanca nos han dado.

PAULO:

Pues, ¡qué aguardas, majadero?

PEDRISCO:

Habémoselo quitado.

PAULO:

¿Que ellos no lo dieron? Quiero sentenciar a todos tres.

PEDRISCO:

Ya esperamos ver lo que es.

LOS TRES:

Ten con nosotros piedad.

PAULO:

De ese roble los colgad.

LOS TRES:

¡Gran señor!

PEDRISCO:

Moved los pies,  
que seréis fruta extremada,  
en esta selva apartada,  
de todas aves rapantes.

PAULO:

De esta crueldad no te espantes.

PEDRISCO:

Ya no me espanto de nada.  
Porque verte ayer, señor,  
ayunar con tal fervor,  
y en la oración ocupado,  
en tu Dios arrebatado,  
pedirle ánimo y fervor  
para proseguir tu vida  
en tan grande penitencia  
y en esta selva escondida  
verte hoy con tanta violencia,  
capitán de forajida  
gente, matar pasajeros  
tras robarles los dineros,  
¿qué más se puede esperar?  
Ya no me pienso espantar.

PAULO:

Los hechos fieros  
de Enrico imitar pretendo,  
y aun le quisiera exceder.  
Perdone Dios si le ofendo,  
que si uno el fin ha de ser  
esto es justo y yo me entiendo.

PEDRISCO:

Así al otro le decían  
que la escalera rodaba  
otros que rodar le veían.

PAULO:

¿Y a mí que a Dios adoraba,  
y por santo me tenían  
en este circunvecino  
monte, el globo cristalino  
rompiendo el ángel veloz,  
me obligase con su voz  
a dejar tan buen camino  
dándome el premio tan malo?  
Pues hoy verá el cielo en mí  
si en las maldades no igualo  
a Enrico.

PEDRISCO:

¡Triste de ti!

PAULO:

Fuego por la vista exhalo.  
Hoy, fieras que en horizontes  
y en napolitanos montes  
hacéis dulce habitación,  
veréis que mi corazón  
vence a soberbios Faetontes.  
Hoy, árboles que plumajes  
sois de la tierra o salvajes  
por lo verde que os vestís,  
el huésped que recibís  
os hará varios ultrajes.  
Más que la naturaleza  
he de hacer por cobrar fama,  
pues para mayor grandeza  
he de dar a cada rama

cada día una cabeza.  
Vosotros dais, por ser graves,  
frutos al hombre süaves;  
mas yo con tales racimos  
pienso dar frutos opimos  
a las voladores aves.  
En verano y en invierno  
será vuestro fruto eterno;  
y si pudiera hacer más,  
más hiciera.

PEDRISCO:  
Tú te vas  
gallardamente al infierno.

PAULO:  
Ve y cuélgalos al momento  
de un roble.

PEDRISCO:  
Voy como el viento.

BANDOLERO 1:  
¡Señor!

PAULO:  
No me repliquéis  
si acaso ver no queréis  
el castigo más violento.

PEDRISCO:  
Venid los tres.

BANDOLERO 2:  
¡Ay, de mí!

PEDRISCO:  
Yo he de ser verdugo aquí,  
pues a mi dicha le plugo,  
para enseñar al verdugo  
cuando me ahorquen a mí.

Vase con los tres

PAULO:  
Enrico, si de esta suerte

yo tengo de acompañarte,  
y si te has de condenar,  
contigo me has de llevar,  
que nunca pienso dejarte.  
Palabra del ángel fue,  
tu camino seguiré;  
pues cuando Dios, juez eterno,  
nos condenare al infierno,  
ya habremos hecho por qué.

Cantan dentro

MÚSICOS:

"No desconfíe ninguno,  
aunque grande pecador,  
de aquella misericordia  
de que más se precia Dios."

PAULO:

¿Qué voz es ésta que suena?  
BANDOLERO 2: La gran multitud, señor,  
de esos robles nos impide  
ver dónde viene la voz.

MÚSICOS:

"Con firme arrepentimiento  
de no ofender al Señor,  
llegue el pecador humilde,  
que Dios le dará perdón."

PAULO:

Subid los dos por el monte,  
y ved si el algún pastor  
el que canta este romance.

BANDOLERO 2:

A verlo vamos los dos.

Vanse los dos

MÚSICOS:

"Su Majestad soberana  
da voces al pecador  
porque le llegue a pedir  
lo que a ninguno negó."

Sale por el monte un PASTORCILLO tejiendo una corona de flores

PAULO:

Baja, pastorcillo;  
que ya estaba, vive Dios,  
confuso con tus razones,  
admirado con tu voz.  
¿Quién te enseñó ese romance,  
que le escucho con temor,  
pues parece que en ti habla  
mi propia imaginación?

PASTOR:

Este romance que he dicho  
Dios, señor, me le enseñó;  
o la iglesia, su esposa,  
a quien en la tierra dio  
poder suyo.

PAULO:

Bien dijiste.

PASTOR:

Advierte que creo en Dios  
a pies juntillas, y sé,  
aunque rústico pastor,  
todos los diez mandamientos,  
preceptos que Dios nos dio.

PAULO:

¿Y Dios ha de perdonar  
a un hombre que le ofendió  
con obras y con palabras  
y pensamientos?

PASTOR:

¿Pues no?  
Aunque sus ofensas sean  
más que átomos del sol,  
y que estrellas tiene el cielo,  
y rayos la luna dio,  
y peces el mar salado,  
en sus cóncavos guardó.  
Ésta es su misericordia;  
que con decirle al Señor,  
"Pequé, pequé muchas veces,"

le recibe al pecador  
en sus amorosos brazos;  
que en fin hace como Dios.  
Porque si no fuera aquesto,  
cuando a los hombres crió,  
no los criara sujetos  
a su frágil condición.  
Porque si Dios, sumo bien,  
de nada al hombre formó  
para ofrecerle su gloria,  
no fuera ningún blasón  
en su majestad divina  
dalle aquella imperfección.  
Diole Dios libre albedrío,  
y fragilidad le dio  
al cuerpo y al alma; luego,  
dio potestad con acción  
de pedir misericordia,  
que a ninguno le negó.  
De modo que, si en pecando  
el hombre, el justo rigor  
procediera contra él,  
fuera el número menor  
de los que en el sacro alcázar  
están contemplando a Dios.  
La fragilidad del cuerpo  
es grande, que en una acción,  
en un mirar solamente  
con deshonesta afición,  
se ofende a Dios; de ese modo,  
porque este triste ofensor,  
con la imperfección que tuvo,  
le ofende una vez o dos,  
¿se había de condenar?  
No, señor, aqueso no;  
que es Dios misericordioso,  
y estima al más pecador,  
porque todos igualmente  
le costaron el sudor  
que sabéis, y aquella sangre  
que liberal derramó,  
haciendo un mar a su cuerpo,  
que amoroso dividió  
en cinco sangrientos ríos;  
que su espíritu formó  
nueve meses en el vientre

de aquélla que mereció  
ser virgen cuando fue madre  
y el claro oriente del sol  
que como clara vidriera,  
sin que la rompiese, entró.  
Y si os guiáis por ejemplo,  
decid: ¿no fue pecador  
Pedro, y mereció después  
ser de las almas pastor?  
Mateo, su coronista,  
¿no fue también su ofensor?  
Y luego, ¿no fue su apóstol,  
y tan gran cargo le dio?  
¿No fue pecador Francisco?  
Luego, ¿no le perdonó  
y a modo de honrosa empresa,  
en su cuerpo le imprimió  
aquellas llagas divinas  
que le dieron tanto honor,  
dignándole de tener  
tan excelente blasón?  
¿La pública pecadora,  
Palestina no llamó  
Magdalena, y fe santa  
por su santa conversión?  
Mil ejemplos os dijera  
a estar despacio, señor,  
mas mi ganado me aguarda,  
y ha mucho que ausente estoy.

PAULO:

Tente, pastor, no te vayas.

PASTOR:

No puedo tenerme, no,  
que ando por aquestos valles  
recogiendo con amor  
una ovejuela perdida  
que del rebaño huyó.  
y esta corona que veis  
hacerme con tanto amor  
es para ella, si parece,  
porque hacérmela mandó  
el Mayoral que la estima  
del modo que le costó.  
El que a Dios tiene ofendido,

pídale perdón a Dios,  
porque es señor tan piadoso  
que a ninguno le negó.

PAULO:  
Aguarda, pastor.

PASTOR:  
No puedo.

PAULO:  
Por fuerza te tendré yo.

PASTOR:  
Será detenerme a mí  
parar en su curso al sol.

Vase

PAULO:  
Este pastor me ha avisado  
en su forma peregrina,  
no humana sino divina,  
que tengo a Dios enojado  
por haber desconfiado  
de su piedad, claro está,  
y con ejemplos me da  
a entender piadosamente  
que el hombre que se arrepiente  
perdón en Dios hallará.  
Pues si Enrico es pecador,  
¿no puede también hallar  
perdón? Ya vengo a pensar  
que ha sido grande mi error.  
Mas, ¿cómo dará el Señor  
perdón a quien tiene nombre,  
¡ay de mí!, del más mal hombre  
que en este mundo ha nacido?  
Pastor, que de mí has huído,  
no te espantes que me asombre.  
Si él tuviera algún intento  
de tal vez arrepentirse,  
bien pudiera resistirse  
lo que por engaño siento  
y yo viviera contento,  
[confiado sólo en Dios].

¿Por qué, pastor, queréis vos  
que halle su remedio medio?  
Alma, ya no hay más remedio  
que el condenarnos los dos.

Sale PEDRISCO

PEDRISCO:

Escucha, Paulo, y sabrás,  
aunque de ello ajeno estás  
y lo atribuyas a engaño,  
el suceso más extraño  
que tú habrás visto jamás.  
En esa verde ribera,  
de tantas fieras aprisco,  
donde el cristal reverbera,  
cuando el afligido risco  
su tremendo golpe espera,  
después de dejar colgados  
aquellos tres desdichados,  
estábamos Celio y yo,  
cuando una voz que se oyó  
nos dejó medio turbados.  
"Que me ahogo, " dijo y vimos  
cuando la vista tendimos  
[. ..]  
como en el mar hay tormenta,  
y está de sangre cubierta,  
para anegillos bramaba.  
Ya en las estrellas los clava,  
ya en su centro los asienta,  
en los cristales no helados  
las dos cabezas se veían  
de aquestos dos desdichados,  
y las olas parecían  
ser tablas de degollados.  
Llegaron al fin, mostrando  
el valor que significo,  
mas, por no estarte cansando,  
has de saber que es Enrico  
el uno.

PAULO:

Estoylo dudando.

PEDRISCO:

No lo dudes, pues yo llego  
a decirlo, y no estoy ciego.

PAULO:  
¿Vístele tú?

PEDRISCO:  
Vile yo.

PAULO:  
¿Qué hizo al salir?

PEDRISCO:  
Eché  
un por vida y un reniego.  
¡Mira qué gracias le daba  
a Dios que así le libraba!

PAULO:  
¡Y dirá ahora el pastor  
que le ha de dar el Señor  
perdón! El juicio me acaba.  
Mas poco puedo perder,  
pues aquí le llego a ver,  
en proballe la intención.

PEDRISCO:  
Ya le trae tu escuadrón.

PAULO:  
Pues oye lo que has de hacer.

Sacan [unos BANDOLEROS] a EMRICO y a GALVÁN atados y mojados

ENRICO:  
¿Dónde me lleváis así?

BANDOLERO 1:El capitán está aquí,  
que la respuesta os dará.

A PEDRISCO

PAULO:  
Haz esto.

PEDRISCO:

Todo se hará.

Vase PAULO

BANDOLERO 2:

Pues, ¿vase el capitán?

PEDRISCO:

Sí.

¿Dónde iban vuestras mercedes,  
que en tan gran peligro dieron  
como es caminar por agua?

¿No responden?

ENRICO:

Al infierno.

PEDRISCO:

Pues, ¿quién le mete en cansarse  
cuando hay diablos tan ligeros  
que le llevarán de balde?

ENRICO:

Por agradecerles menos.

PEDRISCO:

Habla voarcé muy bien  
y habla muy a lo discreto  
en no agradecer al diablo  
cosa que haga en su provecho.  
¿Cómo se llama voarcé?

ENRICO:

Llámome el diablo.

PEDRISCO:

Y por eso  
se quiso arrojar al mar  
para remojar el fuego.  
¿De dónde es?

ENRICO:

Si de cansado  
de reñir con agua y viento  
no arrojara al mar la espada,  
yo os respondiera bien presto

a vuestras necias preguntas  
con los filos de su acero.

PEDRISCO:

Oye, hidalgo, no se atufe  
ni nos eche tantos retos,  
que juro a Dios, si me enojo,  
que le barrene ese cuerpo  
más de setecientas veces,  
sin las que en su nacimiento  
barrenó naturaleza.  
y ha de advertir que está preso,  
y que si es valiente, yo  
soy valiente como un Héctor,  
y que si él ha hecho muertes  
sepa que también yo he muerto  
muchas hambres y candiles  
y muchas pulgas a tienta.  
y si es ladrón, soy ladrón,  
y soy el demonio mismo,  
y, ¡por vida!...

BANDOLERO 1:

Bueno está.

ENRICO:

¿Esto sufro y no me vengo?

PEDRISCO:

Ahora ha de quedar atado  
a un árbol.

ENRICO:

No me defiendo.

Haced de mí vuestro gusto.

PEDRISCO:

Y él también.

GALVÁN:

De esta vez muero.

PEDRISCO:

Si son como vuestra cara,  
vos tenéis bellacos hechos.  
Ea, llegaldos a atar,

que el capitán gusto de ello.  
Llegad al árbol.

Átalos

ENRICO:  
¿Que ansí  
me quiera tratar el cielo?

PEDRISCO:  
Llegad vos.

GALVÁN:  
¡Tened piedad!

PEDRISCO:  
Vendarles los ojos quiero  
con las ligas a los dos.

GALVÁN:  
¿Vióse tan extraño aprieto?  
Mira vuesarced que yo  
vivo de su oficio mesmo  
y que soy ladrón también.

PEDRISCO:  
Ahorra razón aquesto  
de trabajo a la justicia,  
y al verdugo de contento.

BANDOLERO 1:  
Ya están vendados y atados.

PEDRISCO:  
Las flechas y arcos tomemos  
y dos docenas, no más,  
clavemos en cada cuerpo.

BANDOLERO 1:  
Vamos.

PEDRISCO:  
(Aquesto es fingido. Aparte  
Nadie los ofenda.)

BANDOLERO 1:



ENRICO:  
Sea por siempre alabado.

PAULO:  
Sabed con vuestro valor  
llevar este golpe airado  
de Fortuna.

ENRICO:  
¡Gran rigor!  
¿Quién sois vos, que así me habláis?

PAULO:  
Un monje que este desierto,  
donde la muerte esperáis,  
habita.

ENRICO:  
¡Bueno, por cierto!  
Y ahora, ¿qué nos mandáis?

PAULO:  
A los que al roble os ataron  
y a mataros se apartaron,  
supliqué con humildad  
que ya que con tal crueldad  
de daros muerte trataron,  
que me dejasen llegar  
a hablaros.

ENRICO:  
¿Para qué?

PAULO:  
Por si os queréis confesar,  
pues seguís de Dios la fe.

ENRICO:  
Pues bien se puede tornar,  
padre, o lo que es.

PAULO:  
¿Qué decís?  
¿No sois cristiano?

ENRICO:

Sí soy.

PAULO:

No lo sois, pues no admitís  
el último bien que os doy.  
¿Por qué no lo recibís?

ENRICO:

Porque no quiero.

PAULO:

(¡Ay de mí! Aparte  
Esto mismo presumí.)

¿No veis que os han de matar  
ahora?

ENRICO:

¿Quiere callar,  
hermano, y dejarme aquí ?  
Si esos señores ladrones  
me dieran muerte, aquí estoy.

PAULO:

(¡En qué grandes confusiones  
tengo el alma!)

ENRICO:

Yo no doy  
a nadie satisfacciones.

PAULO:

A Dios, sí.

ENRICO:

Si Dios ya sabe  
que soy tan gran pecador,  
¿para qué?

PAULO:

¡Delito grave!  
Para que su sacro amor  
de darle perdón acabe.

ENRICO:

Padre, lo que nunca he hecho,

tampoco he de hacer ahora.

PAULO:

Duro peñasco es su pecho.

ENRICO:

Galván, ¿qué hará la señora  
Celia?

GALVÁN:

Puesto en tanto estrecho,  
¿quién se ha de acordar de nada?

PAULO:

No se acuerde de esas cosas.

ENRICO:

Padre mío, ya me enfada.

PAULO:

¿Estas palabras piadosas  
le ofenden?

ENRICO:

Cosa es cansada,  
pues si no estuviera atado,  
ya yo le hubiera arrojado  
de una coz dentro del mar.

PAULO:

Mire que le han de matar.

ENRICO:

Ya estoy de aguardar cansado.

GALVÁN:

Padre, confiésemme a mí,  
que ya pienso que estoy muerto.

ENRICO:

Quite esta liga de aquí,  
padre.

PAULO:

Sí haré, por cierto.

Quítales las vendas

ENRICO:  
Gracias a Dios, que ya vi.

GALVÁN:  
Y a mí, también.

PAULO:  
En buen hora,  
y vuelvan la vista ahora  
a los que a matarlos vienen.

Salen los BANDOLEROS con escopetas y ballestas

ENRICO:  
Pues, ¿para qué se detienen?

PEDRISCO:  
Pues que ya su fin no ignora,  
digo, ¿por qué no confiesa?

ENRICO:  
No me quiero confesar.

PEDRISCO:  
Celio, el pecho le atraviesa.

PAULO:  
Dejad que le vuelva a hablar.  
Desesperación es ésta.

PEDRISCO:  
a, llegalde a matar.

PAULO: eos. ¡Triste pena!  
porque si éste se condena,  
me queda más que dudar.

ENRICO:  
Cobardes sois. ¿No llegáis  
y puerta a mi pecho abrís?

PEDRISCO:  
De esta vez no os detengáis.

PAULO:

Aguardad, que si le herís  
más confuso me dejáis.  
Mira que eres pecador,  
hijo.

ENRICO:

Y del mundo el mayor;  
ya lo sé.

PAULO:

Tu bien espero.  
Confíésate a Dios.

ENRICO:

No quiero,  
cansado predicador.

PAULO:

Pues salga del pecho mío,  
si no dilatado río,  
de lágrimas tanta copia  
que se anegue el alma propia,  
pues ya de Dios desconfío.  
Dejad descubrir sayal,  
mi cuerpo, pues está mal,  
según siente el corazón,  
una rica guarnición  
sobre tan falso cristal.  
En mis torpezas resbalo,  
y a la culebra me igualo;  
mas mi parecer condeno,  
porque yo desecho el bueno,  
mas ella desecha el malo.  
Mi adverso fin no resisto,  
pues mi desventura he visto,  
y da claro testimonio  
el vestirme de demonio  
y el desnudarme de Cristo.  
Colgad ese saco ahí  
para que diga --¡ay, de mí!--  
"En tal puesto me colgó  
Paulo, que no mereció  
la gloria que encierro en mí."  
Dadme la daga y la espada;  
esa cruz podéis tomar;

ya no hay esperanza en nada,  
pues no me sé aprovechar  
de aquella sangre sagrada.  
Desataldos.

[Desatan a ENRICO y a GALVÁN]

ENRICO:

Ya lo estoy,  
y lo que no he visto creo.

GALVÁN:

Gracias a los cielos doy.

ENRICO:

Saber la verdad deseo.

PAULO:

¡Qué desdichado que soy!  
¡Ah, Enrico, nunca nacieras!  
Nunca tu madre te echara  
donde gozando la luz  
fuiste de mis males causa;  
o pluguiera a Dios que ya  
que infundido el cuerpo y alma,  
saliste a luz, en su brazos  
te diera la muerte un ama,  
un león te deshiciera,  
una osa despedazara  
tus tiernos miembros entonces,  
o cayeras en tu casa  
del más altivo balcón,  
primero que a mi esperanza  
hubieras cortado el hilo.

ENRICO:

Esta novedad me espanta.

PAULO:

Yo soy Paulo, un hermitaño  
que dejé mi amada patria  
de poco más de quince años,  
y en esta oscura montaña  
otros diez serví al señor.

ENRICO:

¡Qué ventura!

PAULO:

¡Qué desgracia!

Un ángel rompiendo nubes  
y cortinas de oro y plata,  
preguntándole yo a Dios  
qué fin tendría, "Repara,"  
me dijo, "ve a la ciudad  
y verás a Enrico" --¡ay, alma!--  
"hijo del noble Anareto,  
que en Nápoles tiene fama.  
Advierte bien en sus hechos,  
y contempla en sus palabras,  
que si Enrico al cielo fuere,  
el cielo también te aguarda;  
y si al infierno, al infierno."  
Yo entonces imaginaba  
que era algún santo este Enrico,  
pero los deseos se engañan.  
Fui allá, víte luego al punto,  
y de tu boca y por fama  
supe que eras el peor hombre  
que en todo el mundo se halla.  
Y así, por tener tu fin,  
quitéme el saco, y las armas  
tomé, y el cargo me dieron  
de esta forajida escuadra.  
Quise probar tu intención  
por saber si te acordabas  
de Dios en tan fiero trance;  
pero salióme muy vana.  
Volví a desnudarme aquí,  
como viste, dando al alma  
nuevas tan tristes, pues ya  
la tiene Dios condenada.

ENRICO:

Las palabras que Dios dice  
por un ángel son palabras,  
Paulo amigo, en que se encierran  
cosas que el hombre no alcanza.  
No dejara yo la vida  
que seguías, pues fue causa  
de que quizá te condenes  
el atreverte a dejarla.

Desperación ha sido  
lo que has hecho, y aun venganza  
de la palabra de Dios,  
y una oposición tirana  
a su inefable poder;  
y en ver que no desenvaina  
la espada de su justicia  
contra el rigor de tu causa,  
veo que tu salvación  
desea; mas, ¿qué no alcanza  
aquella piedad divina,  
blasón de que más se alaba?  
Yo soy el hombre más malo  
que naturaleza humana  
en el mundo ha producido;  
el que nunca habló palabra  
sin juramento; que a tantos  
hombres dio muertes tiranas;  
el que nunca confesó  
sus culpas, aunque son tantas;  
el que jamás se acordó  
de Dios y su Madre Santa;  
ni aun ahora lo hiciera,  
con ver puestas las espadas  
a mi valeroso pecho;  
mas siempre tengo esperanza  
en que tengo de salvarme,  
puesto que no va fundada  
mi esperanza en obras mías  
sino en saber que se humana  
Dios con el más pecador  
y con su piedad se salva.  
Pero ya, Paulo, que has hecho  
ese desatino, traza  
de que alegres y contentos  
los dos en esta montaña  
pasemos alegre vida  
mientras la vida se acaba.  
Un fin ha de ser el nuestro.  
Si fuere nuestra desgracia  
el carecer de la gloria  
que Dios al bueno señala,  
mal de muchos gozo es;  
pero tengo confianza  
en su piedad, que siempre  
vence a su justicia sacra.

PAULO:  
Consoládome has un poco.

GALVÁN:  
Cosa es, por Dios, que me espanta.

PAULO:  
amos donde descanséis.

ENRICO:  
(¡Ay, padre de mis entrañas!) Aparte  
Una joya, Paulo amigo,  
en la ciudad olvidada  
se me queda; y aunque temo  
el rigor que me amenaza  
si allá vuelvo, he de ir por ella,  
perciendo en la demanda.  
Un soldado de los tuyos  
irá conmigo.

PAULO:  
Pues vaya  
Pedrisco, que es animoso.

PEDRISCO:  
Por Dios, que ya me espantaba  
que no encontraba conmigo.

PAULO:  
Dalde la mejor espada  
a Enrico, y en esas yeguas  
que al ligero viento igualan  
os pondréis allá en dos horas.

GALVÁN:  
Yo me quedo en la montaña  
a hacer tu oficio.

PEDRISCO:  
Yo voy  
donde pagues mis espaldas  
los delitos que tú has hecho.

ENRICO:  
Adiós, amigo.

PAULO:  
Ya basta  
el nombre para abrazarte.

ENRICO:  
Aunque malo, confianza  
tengo en Dios.

PAULO:  
Yo no la tengo  
cuando son mis culpas tantas;  
muy desconfiado soy.

ENRICO:  
Aquesa desconfianza  
te tiene de condenar.

PAULO:  
Ya lo estoy, no importa nada.  
¡Ah, Enrico, nunca nacieras!

ENRICO:  
Es verdad; mas la esperanza  
que tengo en Dios, ha de hacer  
que haya piedad de mi causa.

### JORNADA TERCERA

Salen PEDRISCO y ENRICO en la cárcel, presos

PEDRISCO:  
¡Buenos estamos los dos!  
[. . .]

ENRICO:  
¿Qué diablos estás llorando?

PEDRISCO:  
¿Qué diablos he de llorar?  
¿No puedo yo lamentar  
pecados que estoy pagando  
sin culpa?

ENRICO:

¿Hay vida como ésta?

PEDRISCO:

¡Cuerpo de Dios con la vida!

ENRICO:

¿Fáltate aquí la comida?

¿No tienes la mesa puesta  
a todas horas?

PEDRISCO:

¿Qué importa  
que la mesa llegue a ver,  
si no hay nada que comer?

ENRICO:

De necesidades acorta.

PEDRISCO:

Alarga tú de comida.

ENRICO:

¿No sufrirás como yo?

PEDRISCO:

Que pague aquél que pecó,  
es sentencia conocida;  
pero yo que no pequé.  
¿por que tengo de pagar?

ENRICO:

Pedrisco, ¿quieres callar?

PEDRISCO:

Enrico, yo callaré;  
pero la hambre hará  
que hable el que muerto se vio,  
o que calle aquél que habló  
más que un correo.

ENRICO:

¿Que ya  
piensas que no has de salir  
de la cárcel?

PEDRISCO:

Error fue.

Desde el día que aquí entré,  
he llegado a presumir  
que hemos de salir los dos...

ENRICO:

Pues, ¿de qué estamos turbados?

PEDRISCO:

...para ser ajusticiados,  
si no le remedia Dios.

ENRICO:

No hayas miedo.

PEDRISCO:

Bueno está;  
pero teme el corazón  
que hemos de danzar sin son.

ENRICO:

Mejor la suerte lo hará.

Salen CELIA y LIDORA

CELIA:

No quisiera que las dos,  
aunque a nadie tengo miedo,  
fuéramos juntas.

LIDORA:

Bien puedo,  
pues soy criada, ir con vos.

ENRICO:

Quedo, que Celia es aquesta.

PEDRISCO:

¿Quién?

ENRICO:

Quien más que a sí me adora,  
mi remedio llega ahora.

PEDRISCO:  
Brevemente me molesta  
la hambre.

ENRICO:  
¿Tienes acaso  
en qué echar todo el dinero  
que ahora de Celia espero?

PEDRISCO:  
Con toda la hambre que paso,  
me he acordado, vive Dios,  
de un talego que aquí tengo.

Saca un talego

ENRICO:  
Pequeño es.

PEDRISCO:  
A pensar vengo  
que estamos locos los dos:  
tú en pedirle, en darle yo.

ENRICO:  
¡Celia hermosa de mi vida!

CELIA:  
(¡Ay de mí! Yo soy perdida. Aparte  
Enrico es el que llamó.)  
Señor Enrico.

PEDRISCO:  
¿Señor?  
No es buena tanta crianza.

ENRICO:  
Ya no tenía esperanza,  
Celia, de tan gran favor...

CELIA:  
[. . . . . -iros]  
¿Cómo estás?

ENRICO:  
[Bien],

y ahora mejor, pues ven  
a costa de mil suspiros  
mis ojos los tuyos graves.

CELIA:  
Yo os quiero dar...

PEDRISCO:  
¡Linda cosa!  
¡Oh! ¡Qué mujer tan hermosa!  
¡Qué palabras tan süaves!  
Alto, prevengo el talego.  
Pienso que no han de caber.

ENRICO:  
Celia, quisiera saber  
qué me das. .  
[ . . . ]

PEDRISCO:  
[ . . . ]  
Tu dicha es llana.

CELIA:  
...las nuevas de que mañana  
a ajusticiaros saldrán.

PEDRISCO:  
El talego está ya lleno;  
otro he menester buscar.

ENRICO:  
¿Que aquesto llegue a escuchar?  
Celia, escucha.

PEDRISCO:  
Aquesto es bueno.

CELIA:  
Ya estoy casada.

ENRICO:  
¿Casada?  
¡Vive Dios!

PEDRISCO:

Tente.

ENRICO:

¿Qué aguardo?

¿Con quién, Celia?

CELIA:

Con Lisardo,

¡y estoy muy bien empleada!

ENRICO:

Mataréle.

CELIA:

Dejaos de eso,

y poneos bien con Dios.

[. . .]

LIDORA:

Vamos, Celia.

ENRICO:

Pierdo el seso.

Celia, mira.

CELIA:

Estoy de prisa.

PEDRISCO:

Por Dios, que estoy por reírme.

CELIA:

Ya sé que queréis decirme

que se os diga alguna misa.

Yo lo haré; quedad con Dios.

ENRICO:

¡Quién rompiera aquestas rejas!

LIDORA:

No escuches, Celia, más quejas;

vámonos de aquí las dos.

ENRICO:

¡Que esto sufro!

PEDRISCO:

¿Hay tal crueldad?  
¡Lo que pesa este talego!

CELIA:

¡Qué braveza!

Vanse

ENRICO:

Yo estoy ciego.  
¿Hay tan grande libertad?

PEDRISCO:

Yo no entiendo la moneda  
que hay en aqueste talego,  
que, vive Dios, que no pesa  
una paja.

ENRICO:

¡Santos cielos!  
¡Que aquestas afrentas sufra!  
¿Cómo no rompo estos hierros?  
¿Cómo estas rejas no arranco?

PEDRISCO:

Detente.

ENRICO:

Déjame, necio.  
¡Vive Dios, que he de rompellas  
y he de castigar mis celos!

PEDRISCO:

Los porteros vienen.

ENRICO:

Vengan.

Sale un PORTERO

PORTERO:

¿Ha perdido acaso el seso  
el homicida ladrón?

ENRICO:

Moriré si no me vengo.  
De mi cadena haré espada.

PEDRISCO:  
Que te detengas te ruego.

PORTERO:  
¡Asilde, matalde, muera!

ENRICO:  
Hoy veréis, infames presos,  
de los celos el poder  
en desesperados pechos.

PORTERO:  
Un eslabón me alcanzó  
y dio conmigo en el suelo.

ENRICO:  
¿Por qué, cobardes, huís?

PEDRISCO:  
Un portero deja muerto.

Dentro

VOZ:  
¡Matalde!

ENRICO:  
¿Qué es matar?  
A falta de noble acero  
no es mala aquesta cadena  
con que mis agravios vengo.  
¿Para qué de mí huís?

PEDRISCO:  
Al alboroto y estruendo  
se ha levantado el alcalde.

Salen el ALCALDE y gente, y asen a ENRICO

ALCALDE:  
¡Hola! Teneos. ¿Qué es esto?

UNO:

Ha muerto aquese ladrón  
a Fidelio.

ALCALDE:

Vive el cielo,  
que a no saber que mañana  
dando público escarmiento  
has de morir ahorcado,  
que hiciera en tu aleve pecho  
mil bocas con esta daga.

ENRICO:

¡Que esto sufro, Dios eterno!  
¿Que mal me traten así?  
Fuego por los ojos vierto.  
No pienses, alcalde infame,  
que te tengo algún respeto  
por el oficio que tienes,  
sino porque más no puedo.  
Que a poder, ¡ah cielo airado!,  
entre mis brazos soberbios  
te hiciera dos mil pedazos,  
y despedazado el cuerpo,  
me le comiera a bocados,  
y que no quedara pienso  
satisfecho de mi agravio.

ALCALDE:

Mañana a las diez veremos  
si es más valiente un verdugo  
que todos vuestros aceros.  
Otra cadena le echad.

ENRICO:

Eso sí, vengan más hierros,  
que de hierros no se escapa  
hombre que tantos ha hecho.

ALCALDE:

Metelde en un calabozo.

ENRICO:

Aquése sí es justo premio,  
que hombre de Dios enemigo  
no es justo que mire al cielo.

PEDRISCO:

¡Pobre y desdichado Enrico!

UNO:

Más desdichado es el muerto  
que el cadenazo crüel  
le echó en la tierra los sesos.

Llévanle

PEDRISCO:

¿Ya quieren dar la comida?

Dentro

VOZ:

Vayan llegando, mancebos,  
por la comida.

PEDRISCO:

En buen hora,  
porque mañana sospecho  
que han de añudarme el tragar,  
y será acertado medio  
que lleve la alforja hecha  
para que allá convidemos  
a los demonios magnates  
a la entrada del infierno.

Vase y sale ENRICO

ENRICO:

En lóbrega confusión,  
ya, valiente Enrico, os veis;  
pero nunca desmayéis;  
tened fuerte corazón,  
porque aquesta es la ocasión  
en que tenéis de mostrar  
el valor que os he de dar  
nombre altivo, ilustre fama.  
Mirad.

Dentro

DEMONIO:

¡Enrico!

ENRICO:

¿Quién llama?

Esta voz me hace temblar.

Los cabellos erizados

pronostican mi temor;

mas, ¿dónde está mi valor?

¿Dónde mis hechos pasados?

Dentro

DEMONIO:

¡Enrico!

ENRICO:

Muchos cuidados

siente el alma. ¡Cielo santo!

¿Cúya es voz que tal espanto

infunde en el alma mía?

Dentro

DEMONIO:

¡Enrico!

ENRICO:

A llamar porfía.

De mi flaqueza me espanto.

A esta parte la voz suena

que tanto temor me da;

¿si es algún preso que está

amarrado ala cadena?

Vive Dios, que me da pena.

Sale el DEMONIO, y no le ve

DEMONIO:

Tu desgracia lastimosa

siento. [. . . ]

ENRICO:

¡Qué confuso abismo!

No me conozco a mí mismo

y el corazón no reposa.

Las alas está batiendo

con impulso de temor;

Enrico, ¿éste es el valor...?  
Otra vez se oye el estruendo.

DEMONIO:  
Librarte, Enrico, pretendo.

ENRICO:  
¿Cómo te puedo creer,  
voz, si no llego a saber  
quién eres y adónde estás?

DEMONIO:  
Pues agora me verás.

ENRICO:  
Ya no te quisiera ver.

DEMONIO:  
No temas.

ENRICO:  
Un sudor frío  
por mis venas se derrama.

DEMONIO:  
Hoy cobrarás nueva fama.

ENRICO:  
Poco de mis fuerzas fío.  
No te acerques.

DEMONIO:  
Desvarío  
es el temer la ocasión.

ENRICO:  
Sosiégate, corazón.

DEMONIO:  
¿Ves aquel postigo?

ENRICO:  
Sí.

DEMONIO:  
Pues salte por él, y así

no estarás en la prisión.

ENRICO:  
¿Quién eres?

DEMONIO:  
Salte al momento  
y no preguntes quién soy,  
que yo también preso estoy,  
y que te libres intento.

ENRICO:  
¿Qué me dices, pensamiento?  
¿Libraréme? Claro está.  
Aliento el temor me da  
de la muerte que me aguarda.  
Voyme. Mas, ¿quién me acobarda?  
Mas otra voz suena ya.

Cantan dentro

MUSICO:  
"Detén el paso violento:  
mira que te está mejor  
que de la prisión librarte  
el estarte en la prisión."

ENRICO:  
Al revés me ha aconsejado  
la voz que en el aire he oído,  
pues mi paso ha detenido,  
si tú le has acelerado.  
Que me está bien he escuchado  
el estar en la prisión.

DEMONIO:  
Esa, Enrico, es ilusión  
que te representa el miedo.

ENRICO:  
Yo he de morir si quedo;  
quiérome ir; tienes razón.

MUSICO:  
"Detente, engañado Enrico;  
no huyas de la prisión,

pues morirás si salieres,  
y si te estuvieras, no."

ENRICO:

Que si salgo he de morir,  
y si quedo viviré,  
dice la voz que escuché.

DEMONIO:

¿Que al fin no te quieres ir?  
[ . . . ]

ENRICO:

Quedarme es mucho mejor.

DEMONIO:

Atribúyelo a temor;  
pero, pues tan ciego estás,  
quédate preso y verás  
cómo te ha estado peor.

Vase

ENRICO:

Desapareció la sombra,  
y confuso me dejó.  
¿No es éste el portillo? No.  
Este prodigio me asombra.  
¿Estaba ciego yo, o vi  
en la pared un portillo?  
Pero yo me maravillo  
del gran temor que hay en mí.  
¿No puedo salirme yo?  
Sí; bien me puedo salir.  
Pues, ¿cómo? ¿Qué he de morir?  
La voz me atemorizó.  
Algún gran daño se infiere  
de lo turbado que estoy.  
No importa. Ya estoy aquí  
para el mal que me viniere.

Sale el ALCALDE con la sentencia

ALCALDE:

Yo solo tengo de entrar;  
los demás pueden quedarse.

Enrico.

ENRICO:  
¿Qué mandáis?

ALCALDE  
En los rigurosos trances  
se echa de ver el valor.  
Ahora podréis mostrarle.  
Estad atento.

ENRICO:  
Decid.

ALCALDE:  
(¡Aun no ha mudado el semblante!)    Aparte

Lee:

"En el pleito que es entre partes, de la una el promotor fiscal de su Majestad, ausente, y de la otra, reo acusado, Enrico, por los delitos que tiene en el proceso, por ser matador, fascineroso, incorregible y otras cosas. Vista, etc., fallamos, que le debemos de condenar, y condenamos, a que sea sacado de la cárcel donde está, con soga a la garganta y pregoneros delante que digan su delito, y sea llevado a la plaza pública, donde estará una horca de tres palos alta del suelo, en la cual sea ahorcado naturalmente; y ninguna persona sea osada a quitalle de ella sin nuestra licencia y mandado. Y por esta sentencia definitiva juzgando, así lo pronunciamos y mandamos, etc."

ENRICO:  
¿Que aquesto escuchando estoy?

ALCALDE:  
¿Qué dices?

ENRICO:  
Mira, ignorante,  
que eres opuesto muy flaco  
a mis brazos arrogantes;  
que si no, yo te hiciera...

ALCALDE:  
Nada puede remediarse  
con arrogancias, Enrico;  
lo que aquí es más importante  
es ponerlos bien con Dios.

ENRICO:

¿Y vienes a predicarme,  
con leerme la sentencia?  
Vive Dios, canalla infame,  
que he de dar fin con vosotros.

ALCALDE:

El demonio que te aguarde.

Vase [el ALCALDE]

ENRICO:

Ya estoy sentenciado a muerte;  
ya mi vida miserable  
tiene de plazo dos horas.  
Voz que mi daño causaste,  
¿no dijiste que mi vida  
si me quedaba en la cárcel,  
sería cierta? ¡Triste suerte!  
Corazón debo culparte,  
pues en esta cárcel muero  
cuando pudiera librarme.

Sale un PORTERO

PORTERO:

Dos padres de San Francisco  
están para confesarte  
aguardando afuera.

ENRICO:

¡Bueno!  
¡Por Dios, que es gentil donaire!  
Digan que se vuelvan luego  
a su convento los frailes,  
si no es que quieran saber  
a lo que estos hierros saben.

PORTERO:

Advierte que has de morir.

ENRICO:

Moriré sin confesarme,  
que no ha de pagar ninguno  
las penas que yo pasare.

PORTERO:

¿Qué más hiciera un gentil?

ENRICO:

Esto que he dicho baste;  
que, por Dios, si me amohino,  
que ha de levar las señales  
de la cadena en el cuerpo.

PORTERO:

No aguardo más.

Vase [el PORTERO]

ENRICO:

Muy bien hace.

¿Qué cuenta daré yo a Dios  
de mi vida, ya que el trance  
último llega de mí?

¿Yo tengo de confesarme?  
Parece que es necesidad.

¿Quién podrá ahora acordarse  
de tantos pecados viejos?

¿Qué memoria habrá que baste  
a recorrer las ofensas  
que a Dio he hecho? Más vale  
no tratar de aquestas cosas.

Dios es piadoso y es grande;  
su misericordia alabo;  
con ella podré salvarme.

Sale PEDRISCO

PEDRISCO:

Advierte que has de morir  
y que ya aquestos dos padres  
están de aguardar cansados.

ENRICO:

¿Pues he dicho yo que aguarden?

PEDRISCO:

¿No crees en Dios?

ENRICO:

Juro a Cristo

que pienso que he de enojarme,  
y que en los padres y en ti  
he de vengar mis pesares.  
Demonios, ¿qué me queréis?

PEDRISCO:

Antes pienso que son ángeles  
lo que esto a decirte vienen.

ENRICO:

No acabes de amohinarme,  
que por Dios, que de una coz  
te eche fuera de la cárcel.

PEDRISCO:

Yo te agradezco el cuidado.

ENRICO:

Vete fuera y no me canses.

PEDRISCO:

Tú te vas, Enrico mío,  
al infierno como un padre.

Vase [PEDRISCO]

ENRICO:

Voz, que por mi mal te oí  
en esa región del aire,  
¿fuiste de algún enemigo  
que así pretendió vengarse?  
¿No dijiste que a mi vida  
la importaba de la cárcel  
no hacer ausencia? Pues di,  
¡cómo quieren ya sacarme  
a ajusticiar? Falsa fuiste;  
pero yo también cobarde,  
pues que me pude salir  
y no dar venganza a nadie.  
Sombra triste, que piadosa  
la verdad me aconsejaste,  
vuelve otra vez, y verás  
cómo con pecho arrogante  
salgo a tu tremenda voz  
de tantas oscuridades.  
Gente suena; ya sin duda

se acerca mi fin.

Salen [ANARETO,] el padre de ENRICO y un PORTERO

PORTERO:

Hablalde.

Podrá ser que vuestras canas  
muevan tan duro diamante.

ANARETO:

Enrico, querido hijo,  
puesto que en verte me aflijo  
de tantos hierros cargado,  
ver que pagues tu pecado  
me da sumo regocijo.  
¡Venturoso del que acá  
pagando sus culpas va  
con firme arrepentimiento;  
que es pintado este tormento  
si se compara al de allá!  
La cama, Enrico, dejé  
y arrimado a este bordón  
por quien me sustentó en pie,  
vengo en aquesta ocasión.

ENRICO:

¡Ay, padre [mío]!

ANARETO:

No sé,  
Enrico, si aqueso nombre  
será razón que me cuadre  
aunque mi rigor te asombre.

ENRICO:

Eso, ¿es palabra de padre?

ANARETO:

No es bien que padre me nombre  
un hijo que no cree en Dios.

ENRICO:

Padre mío, ¿eso decís?

ANARETO:

No sois ya mi hijo vos,

pues que mi ley no seguís;  
solos estamos los dos.

ENRICO:  
No os entiendo.

ANARETO:  
Enrico, Enrico,  
a reprehenderos me aplico  
vuestro loco pensamiento,  
siendo la muerte instrumento  
que tan cierto os pronostico.  
Hoy os han de ajusticiar,  
y no os queréis confesar.  
¡Buena cristiandad, por Dios!  
Pues el mal es para vos,  
y para vos el pesar.  
Aqueso es tomar venganza  
de Dios; el poder alcanza  
del empíreo cielo eterno.  
Enrico, ved que hay infierno  
para tan larga esperanza.  
Es el quererte vengar  
de esa suerte, pelear  
con un monte o una roca,  
pues cuando el brazo le toca  
es para el brazo el pesar.  
Es con dañoso desvelo,  
presumiendo darle enojos,  
escupir el hombre al cielo,  
pues que le cae en los ojos  
lo mismo que arroja al cielo.  
Hoy has de morir. Advierte  
que ya está echada la suerte.  
Confiesa a Dios tus pecados,  
y ansí, siendo perdonados,  
será vida lo que es muerte.  
Si quieres mi hijo ser,  
lo que te digo has de hacer;  
si no--de pesar me aflijo--,  
ni te has de llamar mi hijo  
ni yo te he de conocer.

ENRICO:  
Bueno está, padre querido,  
que más el alma ha sentido

--buen testigo de ello es Dios--,  
el pesar que tenéis vos  
que el mal que espero afligido.  
Confieso, padre, que erré;  
pero yo confesaré  
mis pecados, y después  
besaré a todos los pies  
para mostraros mi fe.  
Basta que vos lo mandéis,  
padre mío de mis ojos.

ANARETO:  
Pues ya mi hijo seréis.

ENRICO:  
No os quisiera dar enojos.

ANARETO:  
Vamos porque os confeséis.

ENRICO:  
¡Oh, cuánto siento el dejaros!

ANARETO:  
¡Oh, cuánto siento el perderos!

ENRICO:  
¡Ay, ojos! Espejos claros,  
antes hermosos luceros,  
pero ya de luz avaros.

ANARETO:  
Vamos, hijo.

ENRICO:  
A morir voy;  
todo el valor he perdido.

ANARETO:  
Sin juicio y sin alma estoy,

ENRICO:  
Aguardad, padre querido.

ANARETO:  
¡Qué desdichado que soy!

ENRICO:

Señor piadoso y eterno,  
que en vuestro alcázar pisáis  
cándidos montes de estrellas,  
mi petición escuchad.

Yo he sido el hombre más malo  
que la luz llegó a alcanzar  
de este mundo, el que os ha hecho  
más que arenas tiene el mar  
ofensas, mas, Señor mío,  
mayor es vuestra piedad.

Vos, por redimir el mundo  
por el pecado de Adán,  
en una cruz os pusisteis;  
pues merezca yo alcanzar  
una gota solamente  
de aquella sangre real.

Vos, Aurora de los cielos,  
vos, Virgen bella, que estáis  
de paraninfos cercada,  
y siempre amparo os llamáis  
de todos los pecadores,  
yo lo soy, por mí rogad.

Decilde que se acuerde  
a su Sacra Majestad  
de cuando en aqueste mundo  
empezó a peregrinar.

Acordalde los trabajos  
que pasó en él por salvar  
los que inocentes pagaron  
por ajena voluntad.

Decilde que yo quisiera,  
cuando comencé a gozar  
entendimiento y razón,  
pasar mil muertes y más  
antes que haberle ofendido.

ANARETO:

Adentro priesa me dan.

ENRICO:

Gran Señor, ¡misericordia!  
No puedo deciros más.

ANARETO:

¡Que esto llegue a ver un padre!

ENRICO:

(La enigma he entendido ya      Aparte  
de la voz y de la sombra;  
la voz era angelical,  
y la sombra era el demonio.)

ANARETO:

Vamos, hijo.

ENRICO:

¿Quién oirá  
ese nombre que no haga  
de sus dos ojos un mar?  
No os apartéis, padre mío,  
hasta que hayan de expirar  
mis ojos.

ANARETO:

No hayas miedo.  
Dios te dé favor.

ENRICO:

Sí hará,  
que es mar de misericordia,  
aunque yo voy muerto ya.

ANARETO:

Ten valor.

ENRICO:

En Dios confío.  
Vamos, padre, donde están  
los que han de quitarme el ser  
que vos me pudisteis dar.

Vanse y sale PAULO

PAULO:

Cansado de correr vengo  
por este monte intrincado;  
atrás la gente he dejado  
que a ajena costa mantengo.  
Al pie de este sauce verde  
quiero un poco descansar,

por ver si acaso el pesar  
de mi memoria se pierde.  
Tú, fuente, que murmurando  
vas entre guijas corriendo,  
en tu fugitivo estruendo  
plantas y aves alegrando,  
dame algún contento ahora,  
infunde al alma alegría  
con esa corriente fría  
y con esa voz sonora.  
Lisonjeros pajarillos,  
que no entendidos cantáis,  
y holgazanes gorjeáis  
entre juncos y tomillos,  
dad con picos sonorosos  
y con acentos süaves  
gloria a mis pesares graves  
y sucesos lastimosos.  
En este verde tapete  
jironado de cristal,  
quiero divertir mi mal  
que mi triste fin promete.

Échase a dormir y sale el PASTOR con la corona, deshaciéndola

PASTOR:

Selvas intrincadas,  
verdes alamedas,  
a quien de esperanzas  
adorna Amaltea,  
fuentes que corréis  
murmurando apriesa  
por menudas guijas,  
por blandas arenas,  
ya vuelvo otra vez  
a mirar la selva,  
a pisar los valles  
que tanto me cuestan.  
Yo soy el Pastor  
que en vuestras riberas  
guardé un tiempo alegre  
cándidas ovejas.  
Sus blancos vellones  
entre verdes felpas  
jirones de plata  
a los ojos eran.

Era yo envidiado,  
por ser guarda buena,  
de muchos zagales  
que ocupan la selva,  
y mi Mayoral,  
que en ajena tierra  
vive, me tenía  
voluntad inmensa,  
porque le llevaba,  
cuando quería verlas,  
las ovejas blancas  
como nieve en pellas.  
Pero desde el día  
que una, la más buena,  
huyó del rebaño,  
lágrimas me anegan.  
Mis contentos todos  
convertí en tristezas,  
mis placeres vivos  
en memorias muertas.  
Cantaba en los valles  
canciones y letras,  
mas ya en triste llanto  
funestas endechas.  
Por tenerla amor,  
en esta floresta  
aquesta guirnalda  
comencé a tejerla.  
Mas no la gozó,  
que engañada y necia  
dejó quien la amaba  
con mayor firmeza.  
Y pues no la quiso,  
fuerza es que ya vuelva,  
por venganza justa,  
hoy a deshacerla.

PAULO:

Pastor, que otra vez  
te vi en esta sierra,  
si no muy alegre,  
no con tal tristeza,  
el verte me admira.

PASTOR:

¡Ay, perdida oveja!

¿De qué gloria huyas,  
y a qué mal te allegas?

PAULO:

¿No es esa guirnalda  
la que en las florestas  
entonces tejías  
con gran diligencia?

PASTOR:

Esta misma es;  
mas la oveja necia  
no quiere volver  
al bien que le espera,  
y ansí la deshago.

PAULO:

Si acaso volviera,  
zagalejo amigo,  
¿no la recibieras?

PASTOR:

Enojado estoy,  
mas la gran clemencia  
de mi Mayoral  
dice que aunque vuelvan,  
si antes fueron blancas,  
al rebaño negras,  
que las dé mis brazos  
y, sin extrañeza,  
requiebros las diga  
y palabras tiernas.

PAULO:

Pues es superior  
fuerza es que obedezcas.

PASTOR:

Yo obedeceré;  
pero no quiere ella  
volver a mis voces,  
en sus vicios ciega.  
Ya de aquestos montes  
en las altas peñas  
la llamé con silbos  
y avisé con señas.

Ya por los jarales  
por incultas selvas,  
la anduve a buscar.  
¡Qué de ello me cuesta!  
Ya traigo las plantas  
de jaras diversas  
y agudos espinos  
rotas y sangrientas.  
No puedo hacer más.

PAULO:

En lágrimas tiernas  
baña el Pastorcillo  
las mejillas bellas.  
Pues te desconoce,  
olvídate de ella  
y no llores más.

PASTOR:

Que lo haga es fuerza.  
Volved bellas flores,  
a cubrir la tierra,  
pues que no fue digna  
de vuestra belleza.  
Veamos si allí  
con la tierra nueva  
la pondrán guirnalda  
tan rica y tan bella.  
Quedaos, montes míos,  
desiertos y selvas,  
a Dios, porque voy  
con la triste nueva  
a mi Mayoral,  
y cuando lo sepa  
--aunque ya lo sabe--  
sentirá su mengua,  
no la ofensa suya,  
aunque es tanta ofensa.  
Lleno voy a verle  
de miedo y vergüenza;  
lo que ha de decirme  
fuerza es que lo sienta.  
Diráme: "Zagal,  
¿así las ovejas  
que yo os encomiendo  
guardáis?" ¡Triste pena!

Yo responderé...  
No hallaré respuesta,  
si no es que mi llanto  
la respuesta sea.

Vase [el PASTOR]

PAULO:

La historia parece  
de mi vida aquesta.  
De este pastorcillo  
no sé lo que sienta;  
que tales palabras  
fuerza es que prometan  
oscuras enigmas.  
Mas, ¿qué luz es ésta  
que a la luz del sol  
sus rayos se afrentan?  
Música celeste  
en los aires suena,  
y, a lo que diviso,  
dos ángeles llevan  
un alma gloriosa  
a la excelsa esfera.  
¡Dichosa mil veces,  
alma, pues hoy llegas  
donde tus trabajos  
fin alegre tengan!

Con la música suben dos Ángeles al alma de ENRICO por una apariencia  
y prosigue PAULO

Grutas y plantas agrestes,  
a quien el hielo corrompe,  
¿no veis como el cielo rompe  
ya sus cortinas celestes?  
Ya rompiendo densas nubes  
y esos transparentes velos,  
alma, a gozar de los cielos  
feliz y gloriosa subes.  
Ya vas a gozar la palma  
que la ventura te ofrece.  
¡Triste del que no merece  
lo que tú mereces, alma!

Sale GALVÁN

GALVÁN:

Advierte, Paulo famoso,  
que por el monte ha bajado  
un escuadrón concertado  
de gente y armas copioso,  
que viene sólo a prendernos.  
Si no pretendes morir,  
solamente, Paulo, huir  
es lo que puede valernos.

PAULO:

¿Escuadrón viene?

GALVÁN:

Esto es cierto.  
Ya se divisa la hilera  
con su caja y su bandera.  
No escapes de preso de muerto  
si aguardas.

PAULO:

¿Quién la ha traído?

GALVÁN:

Villanos, si no me engaño,  
como hacemos tanto daño  
en este monte escondido.  
De aldeas circunvecinas  
se han juntado.

PAULO:

Pues matallos.

GALVÁN:

¿Que te animas a esperallos?

PAULO:

Mal quién es Paulo imaginas.

GALVÁN:

Nuestros peligros son llanos.

PAULO:

Sí, pero advierte también  
que basta un hombre de bien

para cuatro mil villanos.

GALVÁN:

Ya tocan. ¿No los oyes?

PAULO:

Cierra,  
y no receles el daño,  
que antes que fuese ermitaño  
supe también qué era guerra.

Vanse. Salen los labradores que pudieren,  
con armas [peleando con PAULO], y un JUEZ

JUEZ:

Hoy pagaréis las maldades  
que en este monte habéis hecho.

PAULO:

En ira se abrasa el pecho.  
Soy Enrico en la crueldades.

Éntralos acuchillando y sale GALVÁN por  
otra puerta huyendo, y tras él muchos villanos

VILLANO 1:

¡Ea, ladrones, rendíos!

GALVÁN:

Mejor nos está el morir;  
mas yo presumo huir,  
que para eso tengo bríos.

Vanse y dice dentro PAULO

PAULO:

Con las flechas me acosáis,  
y con ventaja reñís.  
Más de doscientos venís  
para veinte que buscáis.

JUEZ:

Por el monte va corriendo.

Baje PAULO por el monte rodando, lleno de sangre

PAULO:

Ya no bastan pies ni manos.  
Muerte me han dado villanos.  
De mi cobardía me ofendo.  
Volveré a darles la muerte  
pero no puedo. ¡Ay de mí!  
El cielo a quien ofendí  
se venga de aquesta suerte.

Sale PEDRISCO

PEDRISCO:

Como en las culpas de Enrico  
no me hallaron culpado,  
luego que públicamente  
los jueces le ajusticiaron,  
me echaron la puerta afuera  
y vengo al monte. ¿Qué aguardo?  
¿Qué miro? La selva y monte  
anda todo alborotado.  
Allí dos villanos corren,  
las espadas en las manos.  
Allí va herido Fineo,  
y allí huye Celio, y Fabio,  
y aquí, que es grande ventura,  
tendido está el fuerte Paulo.

PAULO:

¿Volvéis, villanos, volvéis?  
La espada tengo en la mano;  
no estoy muerto, vivo estoy,  
aunque ya de aliento falto.

PEDRISCO:

Pedrisco soy, Paulo mío.

PAULO:

Pedrisco, llega a mis brazos.

PEDRISCO:

¿Cómo estás así?

PAULO:

¡Ay de mí  
Muerte me han dado villanos,  
pero ya que estoy muriendo,

saber de ti, amigo, aguardo.  
¿Qué hay del suceso de Enrico?

PEDRISCO:  
En la plaza le ahorcaron  
de Nápoles.

PAULO:  
Pues así  
¿Quién duda que condenado  
estará al infierno ya?

PEDRISCO:  
Mira lo que dices, Paulo;  
que murió cristianamente,  
confesado y comulgado,  
y abrazado con un Cristo,  
en cuya vista enclavados  
los ojos, pidió perdón  
y misericordia, dando  
tierno llanto a sus mejillas  
y a los presentes espanto.  
Fuera de aqueso, en muriendo,  
resonó en los aires claros  
una música divina,  
y para mayor milagro  
y evidencia más notoria  
dos paraninfos al lado  
se vieron patentemente,  
que llevaban entre ambos  
el alma de Enrico al cielo.

PAULO:  
¿A Enrico, el hombre más malo  
que crió naturaleza?

PEDRISCO:  
¿De aquesto te espantas, Paulo,  
cuando es tan piadoso Dios?

PAULO:  
Pedrisco, eso ha sido engaño.  
Otra alma fue la que vieron,  
no la de Enrico.

PEDRISCO:

¡Dios santo,  
reducilde vos!

PAULO:  
Yo muero.

PEDRISCO:  
Mira que Enrico gozando  
está de Dios. Pide a Dios  
perdón.

PAULO:  
¿Cómo ha de darlo  
a un hombre que le ha ofendido  
como yo?

PEDRISCO:  
¿Qué estás dudando?  
¿No perdonó a Enrico?

PAULO:  
Dios es piadoso...

PEDRISCO:  
Es muy claro.

PAULO:  
Pero no con tales hombres.  
Ya muero; llega tus brazos.

PEDRISCO:  
Procura tener su fin.

PAULO:  
Esa palabra me ha dado  
Dios: Si Enrico se salvó  
también yo salvarme aguardo.

Muere [PAULO]

PEDRISCO:  
Lleno el cuerpo de lazadas,  
quedó muerto el desdichado.  
Las suertes fueron trocadas:  
Enrico, con ser tan malo,  
se salvó, y éste al infierno

se fue por desconfiado.  
Cubriré el cuerpo infeliz,  
cortando a estos sauces ramos.  
Mas, ¡qué gente es la que viene?

Salen los VILLANOS

JUEZ:  
Si el capitán se ha escapado,  
poca diligencia ha sido.

VILLANO 1:  
Yo lo vi caer rodando,  
pasado de mil saetas,  
de los altivos peñascos.

JUEZ:  
Un hombre está aquí.

PEDRISCO:  
¡Ay, Pedrisco desdichado!  
Esta vez te dan carena.

VILLANO 2:  
Éste es criado de Paulo  
y cómplice en sus delitos.

GALVÁN:  
Tú mientes como villano,  
que sólo lo fui de Enrico,

PEDRISCO:  
¡Y yo!

Aparte a GALVÁN

(Galvanito, hermano,  
no me descubras aquí,  
por amor de Dios.)

JUEZ:  
Si acaso  
me dices dónde se esconde  
el capitán que buscamos,  
yo te daré libertad.  
Habla.

PEDRISCO:

Buscarle es en vano  
cuando es muerto.

JUEZ:

¿Cómo muerto?

PEDRISCO:

De varias flechas y dardos  
pasado le hallé, señor,  
con la muerte agonizando  
en aqieste mismo sitio.

JUEZ:

Y, ¿dónde está?

PEDRISCO:

Entre estos ramos  
le metí.

Descúbrese fuego y PAULO lleno de llamas

Mas, ¿qué visión  
es causa de tanto espanto?

PAULO:

Si a Paulo buscando vais,  
bien podéis ya ver a Paulo,  
ceñido el cuerpo de fuego  
y de culebras cercado.  
No doy la culpa a ninguno  
de los tormentos que paso.  
Sólo a mí me doy la culpa,  
pues fui causa de mi daño.  
Pedí a Dios que me dijese  
el fin que tendría en llegando  
de mi vida el postrer día;  
ofendíle, caso es llano;  
y como la ofensa vi  
de las almas el contrario,  
incitóme con querer  
perseguirme con engaños.  
Forma de un ángel tomó  
y engañóme; que a ser sabio,  
con su engaño me salvara;

pero fui desconfiado  
de la gran piedad de Dios,  
que hoy a su juicio llegando,  
me dijo, "Baja, maldito  
de mi Padre, al centro airado  
de los oscuros abismos,  
adonde has de estar penando."  
¡Malditos mis padres sean  
mil veces, pues me engendraron!  
¡Y yo también sea maldito  
pues que fui desconfiado!

Húndese por el tablado y sale fuego

JUEZ:  
Misterios son del Señor.

GALVÁN:  
¡Pobre y desdichado Paulo!

PEDRISCO:  
¡Y venturoso de Enrico,  
que de Dios está gozando!

JUEZ:  
Porque toméis escarmiento,  
no pretendo castigaros.  
Libertad doy a los dos.

PEDRISCO:  
Vivas infinitos años,  
hermano Galván, pues ya  
de ésta nos hemos librado,  
¿qué piensas hacer desde hoy?

GALVÁN:  
Desde hoy pienso ser un santo.

PEDRISCO:  
Mirando estoy con los ojos  
que no haréis muchos milagros.

GALVÁN:  
Esperanza en Dios.

PEDRISCO:

Amigo,  
quien fuere desconfiado,  
mire el ejemplo presente,  
no más.

JUEZ:  
A Nápoles vamos  
a contar este suceso.

PEDRISCO:  
Y porque éste es tan arduo  
y difícil de creer,  
siendo verdadero el caso,  
vaya el que fuere curioso  
--porque sin ser escribano  
dé fe de ello--a Belarmino;  
y si no, más dilatado  
en la Vida de los Padres  
podrá fácilmente hallarlo,  
Y con aquesto da fin  
a el mayor desconfiado,  
y pena y gloria trocadas.  
El cielo os guarde mil años.

**FIN DE LA COMEDIA**